

BOLSILIBROS
ASA

TERROR

Frank Martin



EL GATO DE ANGORA

TERROR &



© **FRANK MARTIN 1976**
Derechos reservados por:
EDITORIAL ANDINA, S. A.
Polígono Industrial de Pinto
PINTO (Madrid)
Director responsable:
Gregorio Ovejero
Publicación semanal
Aparece los viernes

I. S. B. N. 84-06-00476-2
Depósito legal: M. 34.607 - 1976

Printed In Spain
LITOPRINT, S. A.
Villafranca del Bierzo, 32
Fuenlabrada (MADRID)

TERRO

**EL GATO
DE ANGORA**

Frank Martin



**EDITORIAL
ANDINA, S.A.**

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

EL GATO DE ANGORA



ON ustedes extraordinariamente amables al venir a verme aquí.

Créanme, les aprecio de veras.

No todo el mundo, con el trabajo que tienen ustedes, perderían su tiempo con un individuo tan desahuciado como yo.

Lo que desearía es poderles contar una historia más verosímil, pero honradamente solo puedo decirles lo mismo que ya he dicho una y mil veces a todos los que han querido escucharme.

Escucharme, pero no creerme...

Desde luego, me doy cuenta de que nadie cree una palabra de ello. Y no se lo reprocho. Creen que podría inventar un relato más plausible y supongo que así es.

Pero... ¿de qué serviría?

Es casi seguro que uno termina por caer si se aferra a una mentira e insiste machaconamente en ella.

Lo que voy a contarles es la pura verdad...

Disparé un tiro, solo uno y fue contra el gato.

Es curioso que puedan ahorcar a uno por dispararle a un gato...

* * *

Johnny Merridew y yo siempre fuimos los mejores amigos. En la escuela, en la universidad y en los negocios.

Últimamente no nos frecuentábamos mucho porque cada uno de nosotros vivía en un extremo del país, pero de vez en cuando nos encontrábamos en Londres y nos escribíamos ocasionalmente, y cada uno de nosotros tenía idea de las andanzas del otro.

Hace dos años me escribió para contarme que iba a casarse.

Acababa de cumplir los cuarenta y la novia era quince años más joven. Estaba tremendamente enamorado.

Me produjo cierto sobresalto...

Ya saben lo que ocurre cuando los amigos de uno se casan. Uno siente que nunca más volverá a ser como antes. Y me había hecho a la idea de que Johnny y yo éramos unos solterones empedernidos.

Pero desde luego le felicité y le envié un regalo de boda, y deseé con sinceridad que fuera dichoso.

Era evidente que él se sentía extraordinariamente feliz, casi demasiado, pensé, habida cuenta de todo. Exceptuando la diferencia de edades, parecía un matrimonio muy adecuado.

Me contó que la había conocido en una fiesta religiosa de un pueblo de Norfolk, y que ella no había salido nunca de su pueblo natal.

Digo esto en todo el sentido de la palabra. Ni siquiera había hecho una visita a la ciudad más cercana.

No trato de insinuar que ella no fuera de buena familia. Su padre era un individuo extraño que vivía recluido en medio de la más absoluta pobreza. Murió poco después de la boda.

No supe nada de ellos durante el primer año.

Johnny Merridew es ingeniero civil. Después de la luna de miel, se llevó a su esposa a Liverpool, donde realizaba unos trabajos relacionados con el puerto o algo así... Debió haber sido un gran cambio para ella, procedente de la vida rústica de Norfolk.

Yo estaba en Birmingham, trabajando de firme, y solo nos dirigíamos ocasionalmente alguna carta. Las suyas eran lo que solo puedo describir como deliberadamente felices, en especial al principio.

Más tarde, parecía algo preocupado sobre la salud de su esposa... Se mostraba intranquila. La vida en la ciudad no le sentaba bien. Se alegraría de terminar su tarea en Liverpool y poder llevársela al campo.

No había ninguna duda acerca de la felicidad de los dos, enténdanlo. Ella se lo había captado en cuerpo y alma y parece ser que a él le sucedía lo mismo.

Quiero dejar esto perfectamente sentado.

Bueno, para abreviar, Johnny me escribió a principios del mes pasado y dijo que iba a emprender un nuevo trabajo, un embalse en Somerset. Y me preguntaba si podía dejar mis obligaciones y pasar con ellos unas semanas. Deseaba poder charlar conmigo y Linda estaba ansiosa de conocerme.

Tenían habitaciones en la posada del pueblo.

Era un lugar bastante remoto, pero se podía pescar y cazar y yo podría hacer compañía a Linda mientras Johnny trabajaba en el embalse.

Me sentía harto de Birmingham, con su calor y su humedad y me pareció una idea excelente, pues de todas maneras debía tomarme mis vacaciones, de forma que le prometí ir.

Tenía algunos asuntos que resolver en Londres, que calculé me ocuparían una semana, por lo que dije que llegaría a Hexham el veinte de junio.

A la hora de la verdad, mis asuntos en Londres terminaron inesperadamente pronto y el dieciséis me encontré libre por completo y alojado en un hotel bajo cuyas ventanas estaban precisamente trabajando unas taladradoras neumáticas y una máquina de hacer mortero.

Recordarán ustedes el calor que hizo en junio...

Consideré absurdo esperar y envié un telegrama a Johnny, hice mi maleta y cogí el tren hacia Somerset la misma tarde.

No pude conseguir un departamento reservado para mí solo, pero encontré un coche fumador de primera clase con solo tres asientos ocupados.

Me instalé cómodamente en el cuarto rincón...

Había un viejo de aspecto militar, una señora ya mayor con una serie de maletas y cestos, y una muchacha.

Pensé que haría un viaje agradable y tranquilo.

Así hubiera sido si yo fuese diferente a como soy.

Al principio estaba muy bien...

La verdad es que me dormilé un poco y solo recobré plena conciencia a las siete, cuando apareció el camarero para avisar que iba a servirse la cena.

Fui al vagón-restaurante.

Los otros ocupantes del departamento no fueron a cenar y cuando yo regresé del vagón-restaurante encontré que el viejo se había ido y que solo quedaban las dos mujeres. Me instalé de nuevo en mi rincón y gradualmente, a medida que avanzaba el tiempo, experimenté la horrible sensación de que en algún lugar del coche había un gato.

Un gato, sí.

Eso es exactamente lo que he dicho, ni más, ni menos...

¡Allí había un gato!

Y yo soy una de esas desdichadas que no pueden soportar a los gatos.

No quiero decir que prefiera a los perros. Me refiero a que la presencia de un gato en la misma habitación en que yo estoy me pone enfermo. Es algo relacionado con la electricidad, según me han dicho...

He leído que muy a menudo esa repulsión es mutua, pero en mí caso no ocurre así. Las pequeñas bestezuelas parecen encontrarme abominablemente fascinador. Siempre se dirigen como flechas hacia mis piernas.

Es una peculiaridad muy curiosa que no contribuye precisamente a hacerme agradable ante las viejecitas.

Sea como sea, empecé a sentirme más y más inquieto y comprendí que la vieja instalada al otro extremo del asiento debía llevar un gato en alguno de sus innumerables cestos.

Pensé en pedirle que lo sacara al corredor o en llamar al inspector para que se lo llevaran, pero me di cuenta de lo tonto que parecería y decidí que trataría de soportarlo.

No puedo decir que el animal se comportara inconvenientemente ni nada de eso...

Ella parecía una anciana muy agradable. No era culpa suya que yo fuese como soy.

Traté de distraerme mirando a la joven...

Valía la pena hacerlo.

Era muy esbelta, morena, con uno de esos cutis blancos que le hacen a uno pensar en un capullo de magnolia. Tenía también unos ojos admirables; nunca he visto ojos como los suyos; de un castaño muy pálido, casi ambarino, colocados muy separados y ligeramente oblicuos y parecían tener una especie de luminosidad propia, si entienden lo que quiero decir.

No sé si eso tiene sentido. No quiero que piensen que estaba fascinado.

De hecho, ella no ejercía ninguna fascinación sobre mí, aunque puedo imaginar que otros hombres podrían enloquecer por sus encantos.

Para mí no era más que original, eso es todo.

Pero por mucho que me esforzara en otras casas, no conseguí librarme de aquel sentimiento de incomodidad y finalmente, me rendí y salí al corredor.

Menciono esto porque les ayudará a ustedes a comprender la continuación del relato.

Si pueden hacerse cargo de lo molesto que me siento cuando hay un gato a mí alrededor, incluso aunque esté encerrado en un cesto, comprenderán ustedes mejor por qué llegué a comprar el revólver.

Bueno, llegamos al empalme de Hexham y allí estaba mi amigo Johnny esperándome en el andén.

La muchacha también se apeó, pero no la vieja con el gato, a Dios gracias.

Yo estaba ayudando a la muchacha a bajar sus bultos cuando Johnny llegó corriendo y nos saludó.

—Hola, cariño. Hola, Fred.

Dejé lo que estaba haciendo y me volví muy sorprendido.

Ella y Johnny se estaban besando.

Enseguida comprendí que ella era Linda Merridew y que había ido a Londres de compras. Mi sonrisa estúpida les hizo mucha gracia.

—¿De modo que ella es Linda?

—¿Y usted... tú eres Fred?

Johnny soltó una risotada.

—Pero si yo creí que os habíais presentado... De modo que habéis viajado juntos sin saber quiénes erais... ¡Esto sí que es bueno!

Yo sonreí.

—Estas cosas solo pasan en las películas, ¿no?

—Sí, no deja de ser gracioso.

—Muy, muy gracioso.

Expliqué mi cambio de planes y ella dijo lo magnífico que era que

hubiese podido venir.

En fin, los cumplidos de costumbre.

Me di cuenta del atractivo de su voz grave y de lo gracioso de sus movimientos, y comprendí el enamoramiento de Johnny.

Lo comprendí, aunque, fíjense bien, no lo compartí...

Subimos al automóvil. Ella se instaló en el asiento posterior y yo me puse al lado de Johnny. Y me alegré mucho de sentir el aire y de librarme de la tensión nerviosa que me había invadido en el tren.

Johnny inquirió:

—¿Qué tal por Birmingham?

—Horrible. Mucho trabajo, mucho calor y ni un momento para divertirme...

—Aquí lo pasarás bien. El lugar nos encanta, ¿verdad, cariño?

Linda asintió.

—Es un lugar encantador, sí.

—No te exagero si te digo que esto ha dado a Linda una nueva alegría de vivir. Si no, que te lo diga ella. A mí también me sienta estupendamente.

Siguió hablando y hablando... Ella parecía distraída. A mí me dio la impresión de que Johnny parecía algo fatigado y nervioso.

Por fin llegamos a la posada.

Les hubiese gustado a ustedes aquella posada. Era real y verdaderamente antigua, no como esas antigüedades de Tottenham Court Road a las que la gente de Londres es tan aficionada.

Nos tenían preparada la cena, así que nos la sirvieron en un abrir y cerrar de ojos.

Teníamos apetito, así que acabamos con todo lo que nos pusieron por delante, cosa que agradó a los posaderos.

Todos habíamos tomado nuestra pitanza y Linda dijo que estaba cansada, de modo que se fue pronto a la cama.

Johnny y yo bebimos un trago y salimos a dar una vuelta por el pueblo.

Hexham es un hermoso villorrio perdido en medio de la campiña inglesa. A las diez están apagadas todas las luces.

Pequeñas casitas de tejados inclinados en cuyo centro destacaban las ventanas de los áticos.

La brigada de trabajadores de Johnny Merridew no dormía allí, desde luego. Habían edificado barracas para ellos junto al embalse, a un par de millas de distancia.

El posadero estaba cerrando el bar cuando llegamos nosotros de regreso de nuestra vuelta por el pueblo. Era un hombre muy corpulento, de rostro absolutamente sin expresión.

Su esposa era delgada, de cabello color de arena. Tenía el aspecto de estar demasiado derrengada incluso para abrir la boca.

Pero más tarde descubrí que estaba en un error, porque una noche, cuando él había bebido un par de tragos de más y mostró síntomas de querer proseguir la juerga, su esposa lo envió escaleras arriba con un ademán y una mirada que le paralizó el corazón.

Aquella primera noche, ella estaba sentada en el porche y apenas nos miró cuando pasamos a su lado.

Siempre la encontré desagradable, pero ciertamente mantenía la casa exquisitamente limpia y ordenada.

Me habían dado un amplio dormitorio bajo el tejado, con una ventana larga y de poca altura que dominaba el jardín. Las sábanas olían a limpio y me encontré entre ellas dormido casi antes de que tuviera tiempo de contar hasta diez.

Esto era algo que no conseguía hacía tiempo.

La verdad era que estaba cansado.

Pero más avanzada la noche me desperté.

Sentía demasiado calor, por lo que me quité una manta y me acerqué a la ventana para respirar una bocanada de aire fresco.

El jardín estaba bañado por la luz de la luna y sobre el césped distinguí algo que se retorció y daba vueltas extrañamente. Tuve que fijarme un rato antes de descubrir que se trataba de dos gatos.

A aquella distancia no me molestaban.

Permanecí contemplándolos durante unos minutos antes de volverme a la cama.

Se revolcaban mutuamente, pegaban brincos y perseguían sus propias sombras, embargados en sus misteriosos juegos, que se tomaban muy en serio, como acostumbran a hacer los gatos.

Parecía una especie de danza ritual...

Luego, algo pareció asustarlos y desaparecieron.

Regresé a mí lecho, pero no conseguí dormirme.

Tenía los nervios de punta.

Yacía contemplando la ventana y escuchando una especie de roce suave que tenía lugar en el frondoso árbol que se elevaba en aquel lado de la casa.

Y luego algo aterrizó en el alféizar con un sordo impacto...

¡Un gran gato de Angora!

¿Cómo dicen ustedes?

Sí, uno de esos felinos grises y blancos con el pelo muy largo.

Nunca había visto un monstruo semejante.

Permaneció con la cabeza inclinada contemplando la habitación y frotándose las orejas con mucha suavidad contra la ventana.

Naturalmente, no pude soportar aquello.

Ahuyenté al bruto, que se alejó silenciosamente.

Con calor o sin él, cerré y aseguré la ventana.

Lejos, entre los arbustos, me pareció oír un débil maullido. Luego, silencio...

Después de aquello me dormí enseguida y permanecí como un tronco hasta que la chica de la posada vino a despertarme.

* * *

Al día siguiente, Johnny nos llevó en su coche al lugar donde construían la presa.

Entonces me di cuenta por primera vez que el desarreglo nervioso de Linda no estaba curado por completo.

Johnny nos enseñó el lugar en que habían desviado parte del río en una corriente pequeña y rápida que había de usarse para accionar la dinamo de una central eléctrica.

Había un par de tablones que cruzaban el riachuelo y él deseó hacérselo atravesar para enseñarnos el motor.

—Vamos, pasad caminando por los tablones. Es muy fácil.

No era un paso extraordinariamente largo ni peligroso.

Pero Linda dijo:

—No, no quiero cruzar.

—Pero, cariño...

—No cruzaré.

—¿Por qué?

Casi le dio un ataque de histerismo cuando él trató de insistir.

—¡No cruzaré! ¡He dicho que no y no lo haré! ¡No!

—Bueno, bueno... está bien...

Johnny y yo cruzamos e inspeccionamos la maquinaria.

Cuando regresamos, ella había recobrado su buen humor y se disculpó.

—Perdóname, cariño. He sido una tonta.

—No tiene importancia. No debí insistir. Te pusiste nerviosa y eso es todo.

—Discúlpame tú también, Fred...

Yo sonreí.

—No tengo nada que disculparte, Linda.

Los dos esposos se besaron y se hicieron algunas carantoñas, haciéndome sentir a mí un poco fuera de ambiente. Se dieron cuenta y volvieron a la normalidad.

Más adelante, en un aparte, ella me explicó:

—¿Sabes? Una vez, cuando niña, me caí a un río y estuve a punto de ahogarme. Desde entonces, siento como una especie de complejo o fobia contra el agua de los ríos, de los estanques...

—Es lógico.

A excepción de este episodio insignificante, en todo el tiempo que estuve allí no oí una palabra fuera de tono entre ellos.

Ni durante una semana entera me di cuenta de nada más que sugiriera un fallo en la radiante salud de la señora Merridew.

Por el contrario, a medida que se aproximaba la canícula y el calor se hacía más intenso, todo el cuerpo de ella parecía resplandecer vitalidad.

Era como si estuviese encendida interiormente...

Johnny se pasaba fuera todo el día trabajando de firme. Me pareció que presentaba síntomas de agotamiento.

Le pregunté:

—¿Duermes mal?

—No. ¿Por qué?

—No sé. Tu aspecto...

—Pues no. Me quedo dormido cada noche en cuanto apoyo la cabeza en la almohada. Y lo que es más extraño en mí, no sueño en absoluto.

Yo me sentía bastante bien, pero el calor me ponía lánguido y reacio a cualquier ejercicio.

Linda me llevaba a dar grandes paseos en el coche. Podía permanecer horas enteras, medio adormilado por la brisa de aire cálido y el ronroneo del motor, contemplando a mí conductora, erguida tras el volante, con los ojos fijos en la tortuosa carretera.

Exploramos toda la región del sur y el este de Hexham y una o dos veces nos alejamos hacia el norte hasta llegar a Bath.

Una vez sugerí que podríamos torcer hacia el este por un puente y penetrar en lo que parecía un hermoso bosque, pero Linda no estuvo de acuerdo.

Dijo:

—La carretera es mala y el paisaje de aquel lado es decepcionante.

Me sonó a disculpa tonta.

En conjunto, pasé una agradable semana en Hexham y a no ser por los gatos me habría sentido perfectamente a gusto.

Todas las noches el jardín aparecía frecuentado por ellos. El gato de Angora que había visto mi primera noche, uno pequeño, rubio, y un horrible gatazo negro eran especialmente molestos.

Una noche hubo un aterrorizado gatito blanco que maulló durante más de una hora bajo mi ventana. Lancé zapatos y libros a mis visitantes hasta que terminé las existencias, pero ellos parecían decididos a convertir el jardín de la posada en un lugar de cita.

El alboroto se hacía mayor a cada noche que pasaba...

En una ocasión conté quince, sentados en semicírculos, mientras el gato de Angora danzaba su baile de las sombras en el centro del grupo.

Tenía que mantener cerrada la ventana porque el gato de Angora estaba

evidentemente acostumbrado a trepar por el árbol que casi la rozaba.

Y la puerta también...

Porque una vez que bajé a buscar algo a la sala de estar, lo encontré en mi cama, haciendo uñas en la colcha, con los ojos cerrados en éxtasis sensual. Le expulsé violentamente, y él me lanzó un bufido al huir por el oscuro pasillo.

Hablé de ello a la patrona.

Ella, bastante secamente, me contestó:

—En esta posada no hay gatos.

Es cierto que durante el día nunca vi a una sola de aquellas bestezuelas.

Pero una tarde, cuando ya anochecía, me encontré con el posadero en uno de los cobertizos exteriores. Tenía el gato rubio encaramado en un hombro y lo estaba alimentando con algo que parecía despojos de hígado.

Le reconvine por aquella acción.

—¿No se da cuenta de que así atraerá los gatos hacia la casa?

—¡Bah!

Le pregunté:

—¿Podría tener otra habitación distinta? Los conciertos gatunos de cada noche me molestan.

Entreabrió sus ojos inexpresivos y murmuró:

—Se lo diré a mí esposa.

Pero nada se hizo.

En realidad, creo que no había otro dormitorio en la casa.

* * *

Y el tiempo seguían haciéndose más caluroso y pesado. Debía estarse fraguando una tormenta. El cielo tenía tonalidades de bronce y la tierra de hierro. El aire resplandecía sobre ella de tal modo que me dolían los ojos de mirarla.

Está bien... trataré de limitarme a los hechos. Y conste que no oculto nada.

Afirmo que mis relaciones con Linda... con la señora Merridew, eran perfectamente normales. Desde luego, la veía muy a menudo, porque, como ya he explicado, Johnny estaba fuera todo el día.

Por la mañana íbamos con él al embalse y regresábamos en el coche. Naturalmente, teníamos que distraernos mutuamente lo mejor posible hasta la tarde.

Ella parecía muy complacida con mi compañía y a mí no me desagradaba.

No podría decir de qué hablábamos... de nada en particular. De esto o de aquello. No era una mujer habladora. Podía estarse sentada o tendida

bajo el sol, apenas sin abrir la boca, solo bañando su cuerpo en la luz y el calor.

A veces se pasaba toda una tarde jugueteando con una ramita o con una piedra, mientras yo permanecía sentado, fumando.

¿Sosegada?

No.

No... yo no la llamaría exactamente una persona sosegada.

Al anochecer parecía reanimarse un poco y hablar algo más, pero generalmente se iba temprano a dormir y nos dejaba a Johnny y a mí charlando en el jardín.

¡Oh! Respecto al revólver...

Sí, lo compré en Bath cuando llevaba exactamente una semana en Hexham.

Llegamos a la ciudad por la mañana y mientras Linda adquiría diversas cosas para su esposo, yo me di una vuelta por las tiendas de compra-venta de objetos de segunda mano. Tenía intención de procurarme una escopeta o un tirachinas, o algo por el estilo, cuando lo vi.

Era muy pequeño, lo que los novelistas describen como «poco más que un juguete», pero lo suficientemente mortífero...

El viejo que me lo vendió no parecía saber gran cosa sobre armas de fuego.

Me explicó:

—Lo tomé en prenda hace algún tiempo. Con él van diez proyectiles.

—Bien, me lo quedo.

Contento de realizar aquella venta no habló para nada del permiso de armas. Sin duda no quería entorpecer los deseos de un cliente, y yo tampoco le di mala espina.

Sin embargo, le dije:

—Sé manejarlo. Me propongo ejercitar mi puntería con unos gatos bastante molestos.

Aquello pareció espabilarlo un poco.

Era un hombrecillo apergaminado, con una escasa barba gris y un cuello muy delgado.

—¿Dónde reside?

—En Hexham.

—Mejor será que lleve cuidado, señor. En ese pueblo tienen en mucha estima a sus gatos y se dice que trae mala suerte matarlos.

Y luego añadió algo que no acabé de entender acerca de una bala de plata.

Que yo sepa, las balas de plata solo se emplean contra los vampiros, hombres-lobos y toda esa legión de seres infernales... pero que solo existen en la imaginación de la gente demasiado aprensiva.

Era un viejo achacoso y parecía sentir ciertos escrúpulos en dejarme llevar el paquete, pero le aseguré que era perfectamente capaz de cuidar de él y de mí mismo.

Lo dejé a la puerta de su tienda, mesándose la barba y mirándome con fijeza.

¿Por qué diablos me miraría así?

* * *

Aquella noche estalló la tormenta. El cielo se había vuelto plomizo antes del anochecer, pero el pesado calor era más sofocante que el brillo del sol.

El matrimonio Merridew parecía estar muy nervioso...

Él se mostraba sombrío y maldecía contra el tiempo y las moscas.

Ella estaba poseída de una extraña excitación.

Las tormentas causan esos efectos en ciertas personas...

Yo no estaba mucho mejor y para empeorar las cosas, me sentía como si la casa estuviera llena de gatos.

No podía verlos, pero notaba que estaban allí, agazapados debajo de los muebles y andando silenciosamente por los pasillos.

Apenas podía permanecer sentado en el salón. Me alegré cuando pude escapar hacia mi cuarto.

Con gatos o sin ellos, tenía que abrir la ventana.

Me senté en el alféizar con la chaqueta del pijama desabrochada, tratando de aspirar una bocanada de aire.

Pero aquello parecía el interior de un horno, oscuro como boca de lobo. Apenas si podía distinguir dónde terminaban los arbustos y dónde empezaba el césped...

¡Pero podía oír y sentir a los gatos!

Se escuchaban ligeros roces entre las hojas del frondoso árbol...

Hacia las once, uno de ellos inició el concierto con un maullido estentóreo y repugnante. Luego se le fueron uniendo uno tras otro... Juraría que había por lo menos cincuenta.

Y de repente, me asaltó aquella sensación nerviosa.

Se me puso carne de gallina y supe que uno de los gatos se deslizaba en la oscuridad muy cerca de mí.

Miré rápidamente en torno mío y allí estaba el gran gato de Angora. Casi tocándome el hombro, con sus ojos brillantes como lamparillas verdes.

Grité y lo golpeé.

Dio un maullido, al tiempo que saltaba hacia abajo.

Oí el ruido que hacía al chocar contra la grava y los maullidos

invadieron todo el jardín con renovados bríos.

Y después, en un instante, reinó un completo silencio y a lo lejos se distinguió el resplandor de un relámpago, seguido por otro. A la luz del primero de ellos vi la verja más distante del jardín ocupada en toda su longitud por gatos. Cuando el segundo relámpago, la verja estaba vacía...

* * *

A las dos empezó a llover.

Antes de eso, durante tres horas, había permanecido sentado allí, contemplando los rayos que cruzaban el cielo y regocijándome con el estrépito de los truenos. La tormenta parecía llevarse de mi cuerpo toda la electricidad que lo invadía. Sentía ganas de gritar de excitación y alivio.

Después cayó la primera gota...

Luego un aguacero...

Finalmente un diluvio.

Golpeó el jardín con sonido metálico. El aroma de la tierra mojada ascendió con efluvios intoxicadores. El viento empezó a soplar y lanzó la lluvia contra mi rostro.

Al otro extremo del pasillo, oí que una ventana era cerrada y asegurada, pero yo me asomé por la mía y dejé que el agua empapara mi cabeza y mis hombros.

Los truenos seguían retumbando intermitentemente, pero menos potentes y mucho más alejados, y durante uno de los ocasionales relámpagos vi la cortina de agua que me separaba del jardín.

Fue después de uno de esos relámpagos cuando me di cuenta de que llamaban a mí puerta.

La abrí.

Allí estaba Johnny. Tenía una vela en la mano y su rostro parecía aterrorizado.

—¡Linda...!

—¿Qué le pasa?

—Está enferma. No puedo despertarla.

—Pero...

—¡Por amor de Dios, ven y ayúdame!

Corrí por el pasillo.

En su dormitorio había dos camas: un gran lecho con baldaquino, provisto de cortinas de damasco carmesí y un pequeño catre de campaña, colocado junto a la ventana. Este último estaba vacío, con las sábanas echadas a un lado.

Era evidente que Johnny acababa de levantarse de él.

En el gran lecho yacía Linda, desnuda, solo cubierta por una sábana.

Estaba boca arriba y su larga cabellera negra formaba dos manchas sobre los hombros. Su rostro aparecía del color de la cera y empequeñecido, como la cara de un cadáver.

Le tomé el pulso.

Era tan débil que al principio apenas pude sentirlo.

Respiraba lenta y superficialmente. Estaba fría.

La sacudí, pero no obtuve ninguna respuesta. Levanté sus párpados y noté que las pupilas estaban vueltas hacia arriba. Solo se distinguía la córnea. El contacto de mi dedo sobre el sensible globo ocular no provocó ninguna reacción.

Me pregunté inmediatamente si estaría drogada...

Miré a Johnny.

—¿Qué ha sucedido?

El pareció considerar necesario darme alguna explicación.

Balbuceó:

—El calor... ella no podía soportar ni siquiera el camisón de seda... Sugirió que yo podía ocupar la otra cama... Se durmió pesadamente... durante la tormenta. Me despertó la lluvia que me mojaba el rostro. Me levanté y cerré la ventana. Luego llamé a Linda para enterarme de si estaba bien... pensé que la tormenta tal vez la hubiese asustado. No obtuve respuesta. Encendí una cerilla. Su estado me alarmó...

—Cálmate. Probemos a ver si frotando las manos y los pies de Linda podemos activar la circulación.

—Sí... sí, probemos...

Yo estaba firmemente convencido de que se encontraba bajo la influencia de alguna droga.

Nos pusimos a trabajar, frotándola, pellizcándola y golpeándola con toallas mojadas, y llamándola a gritos junto a la oreja.

Era como tocar a una mujer muerta, excepto por el muy ligero, pero perfectamente regular movimiento de su pecho, sobre el cual descubrí un gran lunar oscuro, precisamente encima del corazón.

Fue una sorpresa para mí...

Sí, una sorpresa que pudiera haber alguna mácula en aquella blancura de magnolia.

Me perturbó, porque parecía sugerir una herida y una amenaza...

Llevábamos un buen rato dedicados a nuestra labor y el sudor nos invadía ya cuando nos dimos cuenta de que algo ocurría en el exterior de la ventana: un furtivo golpear y rascar contra los vidrios.

Cogí la vela y miré afuera.

En el alféizar estaba el gato de Angora tratando de abrir la ventana con sus uñas. Sus pelos empapados estaban pegados al cuerpo, sus ojos me miraban con fijeza y tenía la boca abierta en señal de protesta. Arañaba

furiosamente en su deseo de abrirse camino.

Golpee contra la madera de la ventana y le pegué un grito pero él se lanzó como un loco contra el cristal.

Mientras lo maldecía y me alejaba de la ventana, prorrumpió en un largo maullido de desesperación.

—Fred...

—Sí.

—Trae la vela y deja a ese animal.

Regresé junto a la cama, pero los maullidos quejumbrosos se repitieron una y otra vez.

—Johnny, debes despertar al posadero y conseguir botellas de agua caliente y algo de coñac del bar. También debes ver si puedes enviar recado al médico.

—Sí, claro.

Salió a cumplir el encargo y, mientras, yo seguía con el masaje.

Me pareció que su pulso era cada vez más débil.

Luego me acordé de repente de que tenía una botellita de coñac en mi maleta.

Corrí a buscarla y al hacerlo el gato cesó de repente de maullar.

Al entrar en mi cuarto, el aire que penetraba por la ventana abierta me envolvió agradablemente. Encontré la maleta a oscuras y estaba tanteando entre mis camisas y calcetines en busca del frasco cuando oí un fuerte maullido triunfal.

Me volví con el tiempo justo de ver al gato de Angora agazapado un instante en el alféizar antes de pegar un salto, pasar corriendo junto a mí y desaparecer por la puerta.

Encontré el frasco y regresé apresuradamente con él, en el momento en que Johnny y el posadero subían velozmente la escalera.

Entramos todos juntos en la habitación.

Al hacerlo, Linda, se agitó, sentándose en el borde de la cama.

Preguntó:

—¿Qué es lo que ocurre?

Nunca me había sentido tan estúpido como en aquel momento.

* * *

Al día siguiente, el tiempo era más fresco. La tormenta había clarificado el ambiente.

No sé lo que Johnny diría a su esposa.

Ninguno de nosotros hizo referencia pública al suceso de la noche anterior y, según todas las apariencias, la señora Merridew gozaba de una magnífica salud y buen humor.

Johnny hizo un día de fiesta en su trabajo y nos fuimos juntos a dar un largo paseo en coche y a comer en el campo.

Nuestras relaciones no podían ser más cordiales...

Pregunten a Johnny. Él les dirá lo mismo. Es imposible que afirme otra cosa. No puedo creer, verdaderamente no puedo creer que él pueda imaginar o sospechar de mí... Les aseguro que no hay nada de qué sospechar. Nada.

Sí... esta es la fecha importante... el veinticuatro de junio.

No puedo explicar más detalles. No hay nada que decir.

Regresamos y cenamos como de costumbre. Estuvimos todo el día juntos hasta la hora de acostarnos. Les doy mi palabra de honor de que aquel día no tuve ninguna conversación privada ni con él ni con ella.

Fui el primero en retirarme y oí a los demás subir la escalera una media hora más tarde. Estaban charlando alegremente.

Brillaba la luna.

Por una vez, ninguna serenata gatuna vino a molestarme. Ni siquiera me cuidé de cerrar la puerta o la ventana.

Antes de tenderme puse el revólver en una silla, a mí lado.

Sí, estaba cargado...

No tenía ningún motivo especial para ponerlo allí, excepto que pensaba darles un buen susto a los gatos si empezaban otra vez con sus juegos.

Estaba desesperadamente cansado y pensé que me dormiría, pero no fue así. Supongo que estaría demasiado fatigado. Yacía en la cama y miraba hacia el exterior.

Y luego, a medianoche, oí lo que estaba medio esperando: unos rumores en el árbol y un débil maullido.

Me senté en la cama y cogí el revólver.

Oí el ruido que produjo el gato al saltar sobre el alféizar de mi ventana. Vi su lomo blanco y gris y la silueta de su cabeza redonda, orejas enhiestas y cola levantada...

Apunté con cuidado y disparé.

La bestia lanzó un gemido espantoso y saltó a mi cuarto.

Me eché de la cama.

El estampido había resonado terriblemente en la casa silenciosa y a lo lejos oí una voz que llamaba.

Perseguí al gato por el pasillo, revólver en mano, supongo que con la idea de rematarlo.

Y luego, a la puerta de la habitación de los Merridew, vi a Linda...

Estaba en pie, con una mano cogida a cada lado del marco, tambaleándose. Acto seguido cayó a mis pies. Su pecho desnudo estaba manchado de sangre.

Y mientras permanecía contemplándola, sin soltar el revólver, Johnny

salió y nos encontró de aquella forma.

Bueno, ese es mi relato, exactamente como ya lo había contado anteriormente.

Me temo que no parezca muy verosímil ante un tribunal, pero, ¿qué puedo decir?

El reguero de sangre iba de mi habitación a la de ella. El gato debió haber corrido en aquella dirección. Sé que disparé contra el gato...

No puedo ofrecer ninguna explicación.

No sé quién mató a Linda ni por qué.

No sé qué decir si la gente de la posada afirma que nunca ha visto el gato de Angora. Johnny lo vio la otra noche y sé que no mentirá acerca de ello.

Registren la casa... eso es lo único que puede hacerse.

No dejen piedra sobre piedra hasta que encuentren el cadáver del gato de Angora.

Mi bala estará en él.

LOS MUERTOS NO VUELVEN



N el mes de abril, Steve alquiló una casita en la playa.

La casita no estaba precisamente en la playa, sino al borde de un acantilado y había que andar casi un cuarto de milla para llegar a las escaleras más próximas.

Pero a Steve no le importaba.

No había ido a la playa a nadar...

Se refugió allí por dos motivos: reponerse de los disgustos y escribir.

Durante el último año, las cosas no le fueron muy bien: seis semanas trabajando en unos grandes estudios como escritor sin contrato y dos pequeños productores independientes que le habían admitido sendos originales dejaron transcurrir el plazo de opción sin reaccionar.

De modo que Steve, después de romper con su agente y pronunciar la frase de ritual: «¡Hollywood puede irse a paseo!», se retiró a la playa.

A veces estaba convencido de que iba a escribir la gran novela de América.

Otras veces, sobre todo en días de niebla, se asomaba a la ventana y, mientras contemplaba el mar, pensaba lo fácil que sería dar un salto.

Cuando conoció a Jimmy Powers las cosas se pusieron aún peor.

Jimmy Powers tenía una casita situada exactamente debajo de la alquilada por Steve. Cuatro o cinco noches a la semana aparecía allí en un flamante «Buick» descapotable. Poseía una variada colección de trajes de seda italiana; pero cuando estaba en la playa prefería los conjuntos de «shorts» y una camisa a juego, todos ellos con sus iniciales bordadas en el bolsillo. Pasaba allí muchos fines de semana y a menudo llegaba con cajas de botellas de champaña que sacaba de la maleta del coche. En tales ocasiones, Jimmy solía ir acompañado de alguna pequeña actriz del estudio donde él trabajaba en calidad de ejecutivo de relaciones públicas.

Lo que más reventaba a Steve era el que Jimmy Powers («Buick», trajes de seda, camisas bordadas, champaña y compañía), solo tuviera veintitrés años.

Steve se preguntaba una y otra vez:

«¿Cómo lo habrá conseguido? Ese sujeto no tiene nada en la mollera. No sabe ligar ni cuatro frases seguidas. Ni siquiera es bueno como hombre de paja. No tiene simpatía, ni personalidad, ni atractivo físico, ni nada de

eso. ¿Cuál será su secreto?»

Pero Jimmy Powers no hablaba nunca del trabajo ni de los estudios.

Y si Steve sacaba el tema a relucir, él se ponía a hablar de otra cosa.

Pero una noche en que ambos estaban más que medio trompas, Steve volvió a intentarlo.

—¿Cuánto tiempo hace que tienes ese empleo?

Esta vez dio resultado.

—Va para tres años.

—¿Quieres decir que empezaste a los veinte?

—Ajá.

—¿Te presentaste en una de las mayores empresas del ramo y conseguiste un empleo de relaciones públicas?

—Eso es.

—¿Sin tener experiencia?

—Sí.

—¿Y te dejaron actuar en nombre de las más famosas estrellas?

—En efecto.

Steve le miró fijamente.

—Pues no lo entiendo. ¿Cómo puede un muchacho encontrar semejante bicoca?

—¡Oh! en realidad no es gran cosa. Solo mil dólares a la semana.

—¿Solo mil dólares a la semana? ¿Para un niño como tú? Yo nunca conseguí mil dólares fijos a la semana y pasé bastantes años en el ramo. ¿Cuál es el secreto, Jimmy? Sé sincero conmigo. ¿Es que sabes dónde está enterrado el cadáver?

Jimmy arqueó las cejas.

—¿Qué cadáver...?

—Oh, vamos, es una frase hecha que se emplea mucho en Hollywood, ya sabes...

—Ah, sí, claro.

—¿Y bien?

—Bueno, algo de eso hay...

Jimmy miró a Steve enigmáticamente y cambió de conversación.

Desde aquella noche, Jimmy Powers no volvió a mostrarse muy cordial. Steve no recibió más invitaciones a su elegante casita. Durante tres semanas, Jimmy no apareció por la playa. Steve había ya empezado el libro.

Una noche, mientras trabajaba en él de firme, Jimmy Powers llamó a la puerta.

—Hola, muchacho. ¿Te importa que pase?

—Claro que no. Pasa.

Al principio, Steve creyó que Jimmy estaba borracho, pero casi

inmediatamente se dio cuenta de que solo estaba nervioso.

Powers empezó a pasear por la habitación, haciendo chasquear los dedos, como un futuro papá que espera su primer vástago.

Pero él no esperaba ser padre de ningún bebé...

No, no era eso.

De pronto preguntó:

—¿Sigues escribiendo la gran novela de América?

—Sí.

—Vamos, déjala ya.

—¿Por qué?

—Yo podría proporcionarte un asunto realmente bueno.

—¿De los que rinden mil dólares a la semana?

—No digas bobadas. Te estoy hablando de dinero en cantidad. En cuanto se me ocurrió la idea me acordé de ti.

—Muy amable. ¿Qué tengo que hacer? ¿Ayudarte a asaltar un banco?

Jimmy pasó por alto la ironía.

—¿Sabes de dónde vengo?

—No.

—Vengo del despacho del presidente. Eso es. Me he pasado cinco horas sentado delante del jefazo dándole a la sin hueso. Al final he conseguido carta blanca para llevar el asunto como me parezca.

—¿Qué asunto?

Jimmy se sentó y cuando volvió a hablar su voz era ya más suave.

—¿Sabes lo que le ocurrió a Betsey Blake?

Steve asintió.

Estaba enterado de lo ocurrido a Betsey Blake. Desde hacía dos semanas se estaba bombardeando a todos los hombres, mujeres y niños del país con noticias acerca de lo ocurrido a Betsey Blake.

Fue un estúpido accidente.

Betsey Blake, la rubia ingenua de la pantalla, la única «miss Misterio», formaba parte de una secta de hematófagos, es decir, individuos que acostumbran a beber sangre para alimentarse o simplemente para saciar ciertos apetitos incalificables. Naturalmente, estas prácticas están prohibidas por la policía, razón por la cual sus reuniones se llevaban a cabo en privado... o más bien, en secreto. A veces las disfrazaban con reuniones de otro cariz más normal.

En una de estas reuniones, finalizadas con acompañamiento de orgía y aquelarre brujeril acabaron bebiéndose la sangre unos a otros, infligiéndose cortes en las muñecas u otros puntos del cuerpo y ofreciendo sus heridas mutuamente a los labios de los demás. Esta es una práctica normal, a falta de víctimas propiciatorias, como en los viejos tiempos de la brujería.

Alguno de los asistentes debió padecer hepatitis en grado avanzado sin

él saberlo. Es una enfermedad de la sangre fácilmente contagiosa.

Lo cierto es que un tal Louis Fryer, de Pasadena, y Betsey Blake contrajeron la enfermedad.

Louis Fryer murió semanas después de una crisis hepática aguda complicada con cirrosis.

Y Betsey Blake, según los síntomas, contrajo la misma enfermedad. Su fin estaba próximo y no había nada que la ciencia pudiera hacer por ella.

Solo que ella no esperó a la muerte tendida en su cama de enferma...

Betsey Blake acabó con su vida despeñándose por unos acantilados cercanos a su maravillosa residencia hollywoodense.

Todos los esfuerzos del equipo de rescate fueron vanos. El cuerpo de la actriz no apareció. El mar se lo tragó para siempre jamás...

La noticia fue sensacional, pues la rubia ingenua estaba en el candelero desde hacía mucho tiempo. Se le colgó el cartelito de «miss Misterio» cuando ascendió al estrellato y siempre lo conservó, ocultando celosamente su vida privada, la cual, según se rumoreaba, consistía en una escabrosa aventura tras otra.

En lo concerniente a la secta de hematófagos a la cual se dice que pertenecía, nunca pudo la policía probar nada, pues nadie dio cuenta de la desaparición de cualquier persona que hubiera servido para práctica tan infernal. Pero a la productora que llevaba a la actriz le venía muy bien aquella especie de publicidad extra, sobre todo porque a Betsey Blake se la comenzó a incluir en películas terroríficas, encomendándosele papeles de mujer-vampiro y otros por el estilo. Esto venía muy bien para vender sus películas sin problemas de taquilla.

Los periodistas anduvieron atareadísimos escarbando en el pasado de la actriz, complicando en él a casi todos los grandes astros que habían trabajado en el cine durante los últimos veinte años.

En algunas de sus escandalosas crónicas se sugería que podría mencionarse también a la mayoría de tramoyistas, peones y chóferes de camión de los estudios.

Steve preguntó:

—¿Qué ocurre con Betsey Blake, aparte de lo que todo el mundo sabe?

Jimmy exhaló un suspiro.

—Su muerte nos pone en una situación muy difícil. El viernes anterior al «accidente» había terminado su intervención en «La hermana de Drácula». Los estudios echaron el resto. La película ha costado diez millones de dólares. Tecnicolor, supercinemascope, tres grandes estrellas en cabeza de reparto: el no va más. Está terminada, no necesita más tomas ni retoques. Se han desmontado los escenarios. La película está en el bote. Y ahora va ella y estira la pata.

—¿Y qué?

—¿Y qué? Pues que al presidente le va a dar un infarto. Claro que si la película se estrenara inmediatamente podría beneficiarse de la sensación causada por la tragedia. Pero se trata de nuestra mayor película. La habíamos programado para noviembre, pues pensábamos lanzarla durante la fiesta de Acción de Gracias y optar a los premios de la Academia. ¿Empiezas a darte cuenta del desastre?

—Más o menos...

—¡Más o menos! Cuando llegue noviembre Betsey Blake llevará muerta seis meses. Ya habrá pasado todo el revuelo. ¿Quién estará dispuesto a pagar dos dólares para ver a alguien que a aquellas horas estará siendo pasto de los gusanos? El presidente necesita por lo menos recaudar doce millones de dólares para quedar en paz. ¿Y cómo? Por eso hace dos semanas que está que trina.

—Pero, ¿qué tienes tú que ver con todo eso?

—Presta atención. El presidente y los altos cargos de la empresa han estado devanándose los sesos para encontrar una salida. Por supuesto, tuvieron que revisar toda la campaña publicitaria. Y lo único que han conseguido es sudar tinta. Bueno, yo empecé a darle vueltas y esta mañana entré en el despacho del presidente y le puse doce millones de patatas calientes en las rodillas. Quizá catorce o quince.

—¿Has dado con la solución?

—¡Claro que he dado con la solución! La solución ha estado todo este tiempo delante de sus narices. Como lo oyes, colgaba de la pared de su despacho. Le señalé el retrato. Eso es todo, amigo.

—¿Un retrato?

—Ajá.

—¿Un retrato de quién?

Jimmy marcó una pausa para dar mayor efectividad a su respuesta.

—De Valentino.

—¿Cómo dices?

—De Rodolfo Valentino. ¿No has oído hablar de él?

—Naturalmente que he oído hablar de él.

—Naturalmente. ¿Quién no ha oído hablar de Valentino?

—Claro.

—Pues lo más seguro es que a estas alturas no supieras nada de él si allá por el año veintiséis algún muchacho despierto no hubiera empleado este ardid.

—¿Qué ardid?

—Valentino subió como un cohete, pero pronto empezó a bajar. De repente, cuando acababa de rodar «El hijo del jeque», coge un ataque de apendicitis o lo que fuera y revienta. Y el estudio se queda con un palmo de narices y un astro apagado. Fue entonces cuando algún genio sacó el conejo

del sombrero.

—¿El ardid?

Jimmy Powers hizo chasquear los dedos.

—Sí. Montaron los funerales más sonados que se hayan visto nunca. Dijeron que había muerto el más grande enamorado de la pantalla, llenaron periódicos y revistas. Inundaron el país con Valentino. Dieron a entender que todas las señoras que caían en sus brazos en las películas lloraban amargamente. Cuando se lanzó su última cinta, se produjo una verdadera avalancha de público. Los beneficios fueron tan saneados que hasta los herederos de Valentino pudieron saldar deudas y obtener provecho. ¿Y cómo lo consiguieron? Mujeres llorando ante su tumba, rumores de que Rodolfo no había muerto... Todo publicidad. Publicidad, con mayúscula.

—Entiendo.

Jimmy Powers sonrió ampliamente.

—Celebro que me entiendas. El presidente también lo vio enseguida. Y, como le dije a él, en este caso las circunstancias son mucho más favorables. Primero, podemos jugar la carta de «mis Misterio» y después contamos con una muerte de circunstancias verdaderamente misteriosas. Podemos empezar diciendo que Betsey Blake vive aún y cosas así.

—Pero su cadáver puede aparecer...

—¡Lo sé, lo sé! Quizá aparezca... Tal vez el mar lo devuelva tan desfigurado que no pueda ser reconocido... Pero podríamos enfocarlo así: «¿Vive aún Betsey Blake?» Publicamos artículos en todas las revistas. Incluso podríamos lanzar una por nuestra cuenta, con el nombre de «Betsey Blake», como se ha hecho para Elvis Presley y tantos otros. Podríamos contratar a grupos de jóvenes para que fundaran clubs «Betsey Blake». Buscaríamos buenos escritores que hicieran artículos lacrimógenos para las revistas femeninas, poniendo a Betsey Blake como símbolo de la muchacha americana.

Steve objetó:

—Pero no era un símbolo. Y tampoco una muchacha.

—Desde luego, pasaba de los cuarenta. Y sé de muy buena tinta que el presidente iba a deshacerse de ella en cuanto terminara su contrato. Pero tienes que admitir que estaba estupendamente conservada y tenía aún bastantes admiradores. ¡Podemos hacerlo, sí señor, podemos hacerlo!

—¿Tú crees?

No había la menor duda de que Jimmy Powers estaba muy nervioso.

—¿Qué si lo creo? Imagínate lo que podemos inventar acerca de su pasado. Nadie sabe su verdadero nombre ni cómo empezó en el cine, allá por los años cincuenta. Espera a que empecemos a trabajar en «La auténtica Betsey Blake» y «La Betsey Blake que nadie conoce».

Aquel nerviosismo era contagioso.

A pesar suyo, Steve dijo:

—Eso ofrece grandes posibilidades. Podrías descubrir grandes cosas. Hace tiempo oí que había tenido un hijo con no sé qué productor. Y que se casó con...

Jimmy Powers movió negativamente la cabeza.

—No; lo que necesitamos no es eso. Esas cosas se dicen de todos los que trabajan en el cine. Doy órdenes terminantes para evitar toda investigación, ¿has comprendido? Haremos nuestras propias historias. Le atribuiremos el pasado que queramos. De lo que sí hablaremos es de que pertenecía a una de esas sectas místicas...

—No es una secta mística, sino de hematófagos.

—¿Qué es eso?

—Gente que se bebe la sangre de sus semejantes, para alimentarse o para sentir placer. Si no pueden disponer de seres humanos, se contentan con animales de sangre caliente.

—¡Puaf...! ¡Qué asco...! Bueno, pues eso. También podríamos sugerir cosas ilegales. ¡Desde luego, vamos a armar la gorda!

—¿Has dicho «vamos»?

—Sí.

—Creí que era un asunto exclusivamente tuyo.

—Y lo es. El presidente me ha dado luz verde. Pero es mucho trabajo, Steve. Por eso pensé en ti, muchacho. Tú podrías encargarte de los escritos de más altos vuelos, como, por ejemplo, los artículos que han de aparecer en las revistas femeninas. ¿Qué te parece, Steve? ¿Te gustaría ser un forjador de leyendas?

Steve permaneció un rato sin abrir la boca.

Cuando al fin la abrió no tenía ni idea de lo que iba a decir.

Preguntó:

—¿Conocías a Betsey Blake?

—Desde luego. Yo me encargaba de su publicidad. Stalzbuck estaba al frente del departamento publicitario, pero yo lo hacía casi todo. Creí que lo sabías.

Steve vaciló.

—No estaba seguro. ¿Qué clase de persona era?

Jimmy Powers se encogió de hombros.

—Una mujer algo rara. ¿A qué viene eso ahora?

—¿Era afable? ¿Dirías de ella que era simpática?

—En cierto modo. Sí, lo era. Pero, ¿se puede saber por qué este interrogatorio?

—Porque está muerta, Jimmy. Ha muerto, no está aquí. Y a los muertos debería dejárseles en paz. No puedes montar un espectáculo sobre su tumba.

—¿Quién dice que no puedo?

Ahora fue Steve el que se encogió de hombros.

—Está bien. Supongo que puedes hacerlo. Y nada de lo que yo puedo decirte te hará cambiar de opinión, ¿no es verdad?

—¡Puedes estar seguro de ello!

Steve asintió.

—Entonces, adelante. Pero no cuentes conmigo. De todos modos, muchas gracias. No soy ningún buitre.

Jimmy le miró fijamente.

—Conque yo soy un buitre, ¿verdad? Bien, pues escucha esto: yo puedo ser un buitre, pero tú eres un idiota. Un idiota y un desgraciado.

—¡Corten, por favor!

Jimmy se detuvo al llegar a la puerta.

—Está bien. Siempre me preguntabas qué es lo que se necesita para medrar en este oficio. Pues bien, Steve, se necesita coraje. Coraje para distinguir tu oportunidad. Coraje para aprovecharla. Y coraje para seguir adelante. Un coraje que a ti te falta, muchacho.

—Tal vez porque me he criado de otro modo.

Jimmy rio ásperamente.

—¡Y que lo digas! Yo tuve la educación más apropiada para este trabajo. No tienes más que ver lo bien que me va en él.

Se marchó.

Y Steve trató de volver a su trabajo.

* * *

Jimmy tardó mucho tiempo en volver por la playa.

Todo el verano.

Steve pensó que estaría luchando por su ascenso, pero no supo nada de él directamente.

Luego empezaron a llegarle noticias. Primero gota a gota, después a chorro, y, finalmente, en tromba.

La leyenda sobre Betsey Blake se abatió sobre el público americano hacia finales de agosto. En septiembre aparecieron en los quioscos las primeras revistas que le consagraron grandes espacios. En octubre salieron las ediciones especiales, se constituyeron los clubs, y las emisoras de televisión empezaron a rebuscar en sus archivos viejas cintas de Betsey Blake.

La campaña se desarrollaba tal como la había previsto Jimmy Powers, pero en mayor escala.

«Yo fui el último en salir con Betsey Blake», «Los amores de Betsey Blake», «La verdad sobre Betsey Blake», «La verdadera Betsey Blake»,

«Lo que no se atreven a publicar sobre Betsey Blake» y otros cien titulares por el estilo se disputaban la atención del público.

Los estudios, entretanto, hacían su propaganda de «La hermana de Drácula». ¡Betsey Blake en su última y mejor actuación! ¡La mejor actriz de la pantalla americana!

Por otro lado, se escribía sobre «La Betsey Blake que nadie conocía». Siguiendo esta serie, se enteraba uno de que Betsey Blake era hija de una celebridad del cine mudo, de un monarca europeo o, simplemente, una muchacha de la Escuela Superior de Hollywood que quiso abrirse camino.

Numerosos y contradictorios fueron los detalles que se dieron de su vida sentimental. Se hicieron mil conjeturas en torno al secreto en que siempre mantuvo su vida privada. Era piadosa. Era librepensadora. Era satánica. Era astróloga. Asistía en Haití a ceremonias de «vudú». Era una anciana que había descubierto el secreto de la eterna juventud. En el fondo, era una intelectual y entre sus amantes se contaban los más renombrados literatos de la actual generación. Era una criatura tímida y sensible que no se atrevía a verse en la pantalla. Era una aplicada discípula de una academia de arte dramático y pensaba retirarse del cine para consagrarse a la escena. Estaba al borde de la depresión nerviosa y se gastaba todo el dinero en psiquiatras...

De todo esto y de otras muchas cosas pudieron enterarse los lectores durante las primeras semanas de aquel otoño.

Pero Jimmy Powers no se equivocó al profetizar que el aspecto misterioso del asunto sería el más apasionante.

«¡Betsey Blake no ha muerto!»

Los que especulaban con esta teoría acentuaban las «extrañas circunstancias» que rodearon su muerte: quienes componían la secta de hematófagos y dónde tenían sus increíbles reuniones demoníacas, por qué no existían informes médicos fidedignos de la enfermedad que le fue contagiada a la actriz, la «negativa» de los estudios a exhibir el cadáver en unos funerales públicos al tiempo que negaban la recuperación del cadáver, qué relación existía con aquel Louis Fryer, de Pasadena, el otro contagiado de hepatitis en la reunión de la secta...

Se agarraban a cualquier hecho y hasta los más vagos rumores que pudieran servir de «pruebas».

Al acercarse el mes de noviembre, el volumen y ritmo de los artículos alcanzó el diapasón.

Y es que el público se había apropiado de la leyenda.

Y los clubs «subvencionados» dieron paso a auténticos clubs.

Algunos de los periódicos de escándalo empezaron a publicar la «historia íntima» y «los comienzos» de Betsey Blake: que si fue una vagabunda, que si era alcohólica, que si empezó posando para «estudios de

arte» y cosas peores...

Pero nada de todo esto afectó la leyenda. Al contrario, sirvió para robustecerla. A su creciente legión de admiradores se sumaron los de menos de veinte años. Esto supuso la victoria total. Todo el mundo comprendido entre los ocho y los ochenta años esperaba con ansiedad la presentación de «La hermana de Drácula».

* * *

A primeras horas de una noche de noviembre, mientras Steve copiaba el segundo borrador de su novela, reapareció Jimmy Powers.

Nuevamente saludó a Steve desde la puerta a grandes voces.

Y nuevamente Steve sospechó que estaba bebido.

Pero esta vez tenía motivos para sospecharlo, pues un halo alcohólico envolvía a Jimmy.

—¿Qué tal, chico?

Steve fue a contestarle, pero Powers no le escuchaba.

—Supongo que no tendré que decirte cómo me va a mí. La semana que viene, estreno simultáneo en todo el país. En todo el país, ¿entiendes? Ni preestreno, ni pruebas en Nueva York. Lanzamos la película en todas las grandes ciudades al mismo tiempo. Y el porcentaje de beneficio bruto es el mayor que hemos conseguido hasta la fecha. ¿Y gracias a quién? Gracias a mí, Steve.

Steve encendió un cigarrillo para no tener que contestarle.

—No creas que la industria del cine no se ha dado cuenta. ¡Chico, cómo me llueven las ofertas! Desde luego, mi presidente es perro viejo y no está dispuesto a soltarme. Cinco de los grandes a la semana. Contrato por cinco años. Y aún hay algo más. Cuando la película empiece a producir, una gratificación de cincuenta mil. ¿Te das cuenta? Cincuenta mil dólares en efectivo, de los que nadie sabrá nada, limpios de impuestos y de historias. Y es que el presidente sabe hacer las cosas bien. Desde luego, para él aún es barato. He sudado sangre, Steve. Nadie sabrá nunca los papelitos que he tenido que hacer.

—No hace falta que me lo digas.

—Por lo que veo sigues dándotelas de santurrón, ¿eh? Bueno, me da lo mismo. Solo quería que supieras lo que te has perdido, muchacho. El mayor filón del siglo.

—Y que lo digas.

Tanto Jimmy Powers como Steve miraron sorprendidos a la mujer que acababa de aparecer en la puerta.

Era bajita, tenía el cabello castaño y estaba bastante rolliza para llenar el pantalón y el suéter que vestía, prendas ambas bastante deterioradas. Iba

descalza y le costaba trabajo mantenerse sobre sus pies, a causa de la borrachera que arrastraba.

Cuando ella se le acercó dando traspiés y con una sonrisa bobalicona, Jimmy empezó a decir:

—¿Qué diablos...?

—Te vi salir de casa, por lo que me colé y me serví unas copitas. Os oía hablar aquí, de modo que me dije: ¿por qué no unirme a la fiesta?

Steve, que acababa de tener un presentimiento, preguntó:

—¿Se puede saber quién es usted?

La mujer sonrió ampliamente y señaló a Jimmy.

—Que se lo diga él.

Jimmy Powers estaba inmóvil.

Su rostro había mudado de color.

Dijo:

—No. No puede ser... Es imposible...

—¡Y un cuerno! Debes saber que negarlo no te serviría de nada.

—Pero, ¿qué pasó? ¿Dónde has estado?

Soltó una breve carcajada.

—Haciendo un viajecito. Es una historia muy larga.

Se volvió hacia Steve.

—¿Puedes darme algo de beber?

Antes de que Steve tuviera tiempo de contestar, Jimmy se acercó a ella y le dijo:

—Ya has bebido bastante. Vamos al grano.

—Está bien, está bien. Sujeta los caballos.

La mujer se desplomó en una butaca y permaneció unos momentos con la vista clavada en el suelo.

—Leí los periódicos, desde luego. Todo mentiras.

Jimmy gruñó:

—Entonces, ¿por qué no hiciste algo?

—Porque estaba de viaje, ya te lo he dicho. Quiero decir que cuando los leí ya tenían más de dos meses.

Hizo una pausa.

—¿Me dejas que lo cuente a mí modo?

—Adelante.

—Desde luego, intenté suicidarme tirándome por el acantilado. Así lo dejé escrito en la que había de ser mi carta póstuma. No perdí el conocimiento al caer al mar, como yo había supuesto que sucedería. Al notar el frío del agua y lo desagradable que sería morir en plena consciencia, el instinto de conservación me hizo luchar contra la muerte. Soy bastante buena nadadora, pero la oscuridad por un lado y las olas embravecidas por otro hicieron que no lograra orientarme y nadar hacia las

rocas. Todo lo contrario, me puse a nadar mar adentro.

—¿Y hasta dónde llegaste nadando?

—Aquella misma noche me recogieron. Estaba exhausta. Un pequeño buque de carga mejicano me encontró y me izó a bordo. No bien hube pisado la cubierta perdí el conocimiento. Cuando desperté me encontré camino de Chile.

—¿Chile?

La mujer asintió.

—Eso es, Chile. Está en América del Sur, ¿sabes? Valparaíso, Santiago... fuimos a todas partes. Esos pequeños buques de carga no tienen ninguna prisa. El capitán y yo nos hicimos muy buenos amigos. Y también toda la tripulación. Ni siquiera sospecharon quién era yo. Lo único que vieron fue a una rubia. Por lo menos hasta que encontré otro frasco de tinta y lo retoqué un poquito.

La mujer señaló su enmarañada melena.

—Ya sabes cómo les chiflan las rubias.

Soltó una carcajada.

Jimmy Powers se puso en pie.

—¿Y te has pasado cinco meses metida en un buque de carga con un hatajo de grasientos mejicanos?

—¿Y por qué no? Han sido las primeras vacaciones de verdad que he tenido en muchos años. Créeme, fue una fiesta continua. Cuando, en Santiago, me enteré de cómo estaban las cosas, pensé: ¡Al diablo con todo! ¡Que los zurzan! Era mi gran oportunidad para salir de la jaula y vivir un poco. De manera que viví. Pero el capitán se quedó sin blanca, conque hoy, nada más llegar a Long Beach, desembarqué. Supuse que el presidente se moriría del susto si me presentaba ante él sin más ni más y me dije que sería mejor hablar antes contigo. Entre los dos, podríamos preparar la publicidad de manera que cuando vayamos a verle no rompa el techo del brinco.

La mujer se volvió hacia Steve.

—¿Estás seguro de que no tienes algo de beber? ¡Qué pelos! ¿verdad? Tengo que meterme a toda prisa en un salón de belleza. Nadie me reconocería, ¿no es cierto? Vamos, admítanlo, estoy desconocida. He ganado ocho kilos. Y con estos pelos... Y la semana que viene se estrena la película.

Jimmy Powers dijo:

—Eso es. La semana que viene se estrena la película.

La mujer se puso en pie tambaleándose.

—Tengo que reconocer que has hecho un magnífico trabajo. Hasta en Chile lo saben. Y esta mañana, cuando llegamos, lo primero que hice fue acercarme a un quiosco. Aparezco en todas las revistas. ¡Soberbio!

—Sí.

—Bueno, no te quedes ahí. Ahora tienes que hacer un trabajo todavía mejor. Porque he vuelto. Será la apoteosis. ¡Cuando mi público se entere!

—Sí.

—Desde luego, ahora estoy yo aquí para ayudarte. Ya me ha hecho algunos planes. El capitán no dirá nada. Mañana por la mañana se vuelve a Méjico. Podremos enfocararlo como queramos. ¡Ja! ¡La cara que pondrán todos cuando me vean aparecer! ¡Es el asunto soberbio! Una buena propaganda para la película.

—Sí.

Ella se volvió de nuevo hacia Steve.

—¿Qué hay de esa bebida, joven?

Jimmy Powers, dijo:

—Vamos a mí casa. Yo te la daré.

—¡Estupendo!

Rodeó a la mujer con un brazo y la llevó hacia la puerta.

Allí se detuvo y miró a Steve.

—Quédate por aquí. Quisiera hablar contigo.

Steve movió la cabeza afirmativamente.

Les vio entrar en casa de Jimmy.

Era la única que tenía luz, además de la suya.

De haber prestado atención, hubiera podido enterarse de lo que hablaban.

Pero Steve no podía concentrarse. Estaba demasiado ocupado maldiciéndose a sí mismo.

¿Era aquella la mujer que él, por quijotismo, se negó a convertir en un ser legendario?

¿Valía la pena sacrificar su futuro para proteger la reputación de un ser semejante?

Jimmy tenía razón. Le faltaba coraje.

Cuando al fin se asomó a mirar se dio cuenta de que las luces estaban apagadas.

Jimmy Powers había dicho que volvería.

¿Dónde estaba entonces?

Steve se fue hacia la puerta.

Estaba completamente seguro de que Jimmy no se había marchado. Hubiera oído el coche.

En aquel momento subía Jimmy por la carretera, dando traspiés, había seguido bebiendo.

Steve preguntó:

—¿Qué ocurre? ¿Dónde está Betsey Blake?

Jimmy se tambaleó en el umbral y se agarró a la puerta de tela metálica,

para recobrar el equilibrio.

—¿Quién has dicho?

—Betsey Blake.

—¿Te refieres a esa mujeruca que se metió aquí de rondón? Supongo que no te tragarías el rollo que nos largó.

—Pues parecía verdad, Jimmy. Además, puedes comprobarlo.

—No es necesario. Cuando me la llevé a casa y empecé a hacerle preguntas cantó de plano. Quiso tomarnos el pelo. Ella es Betsey Blake lo mismo que tú. Betsey Blake murió... y los muertos no vuelven.

—¿Qué quieres decir?

Jimmy Powers se secó el sudor de la frente.

—Me parece que quería hacernos un chantaje. Eso de salir con semejante cuento cuando está a punto de estrenarse la película... Sin duda pretendía amenazar a los estudios con un escándalo a menos que le pagaran una buena suma.

—Pero...

Jimmy sacudió tristemente la cabeza.

—De todos modos, ya no importa.

—¿Las has asustado?

Jimmy tragó saliva.

—No. No te equivoques. Nadie la ha asustado. Se marchó por su propio pie y por voluntad propia. ¿Lo has entendido bien? Porque... me... me parece que ha habido una especie de accidente.

—¿Una especie de accidente?

Steve se puso rígido.

Jimmy se relajó.

—No estoy seguro. Por eso he venido. Quiero que vengas conmigo a ver...

—¿A ver el qué? ¿Dónde está esa mujer?

—Bueno, ya habrás visto que estaba curda, ¿no? Cuando se marchó me asomé a la ventana de detrás de la casa y la vi andar dando traspiés por el borde del acantilado. Enseguida recordé el accidente de Betsey Blake en el otro acantilado y temí por la pobre borracha. Iba a gritarle que tuviera cuidado. Escucha bien lo que te digo: iba a gritarle que tuviera cuidado cuando tropezó y desapareció de mí vista.

—¿Quieres decir que...?

—Sí.

—¡Es una caída de veinte metros!

—Lo sé. No he mirado. No me atrevo a hacerlo solo.

—Será mejor que avisemos a la policía.

—Sí, claro. Pero primero quisiera hablar contigo. Si vienen empezarán a hacer preguntas. Que quién era, que de dónde venía, que qué quería. Ya

conoces a la policía.

—Diles la verdad.

—¿Y poner en peligro el éxito de la película?

—Si no era Betsey Blake...

—No lo era, pero en cuanto descubran que afirmaba serlo, toda la campaña se irá a paseo. ¿No lo comprendes, Steve? La gente empezará a dudar. He estado trabajando como un condenado para forjar esta leyenda. Comprenderás que no consentiré que se desmorone porque una borracha se caiga por un acantilado.

Steve trató de hacer que Jimmy Powers le mirase a los ojos, pero los de este, inyectados en sangre, la rehuyeron.

Murmuró:

—Lo que yo quiero decir es: ¿por qué no olvidar el incidente?

—Pero tenemos que dar parte a la policía. ¡Quién sabe! Quizá no haya muerto.

Steve se dirigió hacia el teléfono.

Jimmy dijo:

—Lo sé, lo sé. Hay que decírselo a la policía. Pero estoy seguro de que ha muerto. Tiene que haber muerto. Y lo único que te pido es que no hables de su visita de esta noche. Olvida que la has visto. Yo miré por la ventana antes de acostarme y vi a esa desgraciada caerse por el acantilado. Y eso fue lo que pasó. Así no perjudicamos a nadie. Ten en cuenta todas las cosas que entran en juego, Steve.

—Las tengo en cuenta. Lo pensaré.

Cogió el teléfono y marcó un número.

—Oiga... Póngame con la comisaría de policía. Quiero dar parte de un accidente...

El dedo de Jimmy cortó la comunicación.

—Pero...

—Escucha, Steve...

Steve colgó el auricular de un golpe.

—¡Está bien! ¡Llamaré más tarde! Y ahora, escucha tú. ¿Por qué estás tan seguro de que esa mujer no era Betsey Blake? No, no me repitas lo del chantaje. Los chantajistas no se emborrachan cuando salen a trabajar.

Se acercó a Jimmy Powers.

—Supongamos que era realmente quien decía ser. ¿Y qué? ¿Por qué no podías publicar mañana la noticia tal como quería ella? Piensa en la sensación que hubiese causado, en la propaganda que le hubiera hecho a la película.

Jimmy retrocedió hasta quedar apoyado en la puerta.

—¡Al diablo la película! Yo solo pienso en mí. ¿Es que no lo comprendes, zoquete? Yo concebí la idea y la desarrollé con mimo. Es

como un hijo para mí. Y en esta ciudad lo saben todos. La película va a ser un gran éxito. ¿Y para quién serán los laureles? Para mí.

—Pero, eso es...

Jimmy le interrumpió.

—Mientras que si hacemos lo que quería ella, ¿qué hubiese ocurrido? Ella cuenta su historia y arma el gran revuelo. Quizás mayor que el que hemos provocado nosotros, sí, pero a la película no puede hacerle ya el menor bien. Ya hemos conseguido todo lo que queríamos. Conque Betsey Blake vive: ¿qué pasa entonces? Está pasada, ya no puede hacer de protagonista, ni aunque se la fotografíe a través de un tamiz para quitarle las arrugas. Viva no es más que una vieja que se emborracha. Muerta es un ser de leyenda. Como Valentino, la Harlow y James Dean. Los derechos de reposición de sus viejas películas representan una fortuna. Cómo puedes ver, todo suma.

—Pero, es que...

De nuevo volvió a interrumpirle.

—Además, si llega a explicarse, ¿qué me hubiese ocurrido a mí? Ahora yo soy el héroe. Pero si aparece ella me roba la escena. Ya la oíste: «Podremos enfocar como queramos». La conozco. Me robaría todos los aplausos. Lo sé, Steve, puedes creerme. Siempre fue así. No admite compartir los honores con nadie. ¡Las cosas que he tenido que aguantarle! Me hubiese podrido en el departamento de publicidad el resto de mis días si no se presenta esta oportunidad. Y oportunidades como esta no se presentan a diario. Yo la aproveché y tuve que trabajar mucho, y no consentiré que nadie me la robe en el último minuto. No consentiré...

Steve puso una mano en el hombro de Jimmy.

—Ya me has dicho todo lo que quería saber. Era realmente Betsey Blake, ¿verdad?

—Yo no he dicho eso. Y tampoco tú tienes que decir nada a la policía. Steve, ten compasión. Además, ¿de qué iba a servir? Di que tú no sabes nada. Mañana por la mañana tendrás diez de los grandes. Diez mil dólares por decir que tú no sabes nada. ¡Veinte! Veinte de los grandes y un empleo en los estudios.

—Conque era Betsey Blake. Y salió de tu casa y se despenó, sencillamente.

—Así suceden estas cosas. Estaba bebida y resbaló.

Fue un accidente. ¡Te lo juro! Está bien, si quiera saber la verdad, yo estaba con ella. Iba a llevarla a su casa. De pronto, se soltó de mi brazo y cayó por el acantilado.

—Habrán quedado huellas en la arena. Las examinarán. Siempre lo hacen. Descubrirán quién era y no dejarán piedra sobre piedra por remover. Retrocederán hasta...

Jimmy Powers dio un brinco.

Steve tuvo que detenerle.

—¡Claro! Retrocederán. No pensé en ello.

—No debiste matarla.

—No digas eso, Steve.

—Es verdad, ¿no? La mataste. Sabías que era Betsey Blake, pero la quitaste de en medio para que no estropeará tus planes.

Jimmy cayó al suelo.

Steve la sujetó fuertemente.

Jimmy jadeó:

—Cincuenta mil. Ya te dije que los estaba esperando. Cincuenta mil, todo en efectivo. Nadie se enterará.

Steve lanzó un suspiro.

—Cuando me hablaste del dinero me hubiera dado de puntapiés. Creí que era un pelele porque no tenía tu coraje.

Pero ahora sé lo que significa esa clase de coraje. Significa no detenerse ante nada, ni siquiera ante el asesinato.

El cautivo gimió:

—No lo entiendes. Yo quería conseguir algo grande. Mientras ella vivió no pude, y cuando desapareció comprendí que había llegado el momento de demostrar lo que yo valía. Pero, ¿qué más da? Como tú dices, tarde o temprano lo hubiesen descubierto. Hubiera debido resignarme a perder. Y ahora destruirán hasta la leyenda.

—¡Déjate de leyendas! Has matado a una mujer. Y no lo comprendo. No comprendo qué clase de rata eres. Te consideras un gran cerebro publicitario, ¿verdad? Y matarías a tu propia madre con tal de conseguir un buen asunto.

Jimmy Powers le miró sorprendido.

—Es cierto. ¿Cómo lo has sabido?

—¿Cómo he sabido el qué?

—Que Betsey Blake era mi madre.

Fue tal la sorpresa, que Steve aflojó su presa y Jimmy se puso en pie, sacudiéndose la ropa.

—¿Cómo lo has sabido, Steve?

—¿Quieres decir...? ¿Cómo has podido cometer tal monstruosidad?

—¿Monstruosidad? Primero dijiste que yo era un buitre, ahora dices que soy un monstruo... Gracias por tus cumplidos. Sí, Betsey Blake era mi madre. Tú mismo dijiste que habías oído tiempo atrás que tuvo un hijo con no sé qué productor... Ese hijo soy yo, su único hijo. Pero ella siempre lo ocultó, para que sus admiradores no se pusieran a calcular su edad partiendo de la mía. Cosas del cine.

—Pero... estás hablando de todo eso como si no tuviera la menor

importancia. ¿Es que no sientes remordimiento?

—En absoluto. Y además te diré...

Lo que iba a decir Jimmy Powers no llegó a salir de sus labios.

En aquel momento se abrió la puerta y una figura se recortó en el marco.

Ambos miraron hacia allá.

—No... puede ser...

—¡No! ¡Imposible!

Betsey Blake estaba allí, con sus ropas mojadas y su cabello pegado al rostro, un rostro destrozado por las peñas, mezclada la sangre con el agua salada, coagulada también. Uno de sus ojos había saltado de su cuenca, y el otro miraba desorbitadamente abierto.

¿Miraba realmente?

Todo su cuerpo estaba lleno de golpes, de hematomas, sus mejillas hinchadas. Era imposible que, tras haber recibido aquellos golpes, pudiera aún estar viva.

Y su voz...

Sonó como si viniera de ultratumba.

¡Venía de ultratumba!

Porque ella no movía los labios, y sin embargo se oía su voz, monótona, como si saliese de aquel cuerpo... de aquel cuerpo sin vida. Muerto, sí. Resucitado.

—Hijo mío, ven conmigo.

Steve se quedó petrificado. No podía creer lo que estaba viendo.

Jimmy estaba muerto de miedo. Miraba al espectro como hipnotizado. Trató de resistirse, pero una fuerza sobrenatural parecía querer llevarle hacia ella, que tendía su mano hacia el joven, invitándole.

—Madre... yo... no...

—Ven conmigo, hijo mío. Desde ahora, nunca más nos separaremos. Vendrás al mismo sitio a donde me enviaste. Los dos juntos. Tú y yo.

Steve no podía moverse. Sus miembros no le obedecían. Era como si de pronto hubiera perdido el control de su cuerpo. Notaba todos los pelos de su cuerpo erizados. Estaba terriblemente asustado.

Vio a Jimmy caminar hacia el espectro.

Se cogieron de las manos.

Luego salieron de la casa, en dirección al acantilado.

Steve los veía, a través de la puerta abierta, sin necesidad de moverse. Pero es que tampoco podía moverse.

Les vio llegar al borde del acantilado.

Un segundo después desaparecieron.

Mucho rato después, cuando recobró el normal movimiento de sus brazos y piernas, se sentó en una butaca.

Miró el teléfono.

Tenía que llamar a la policía y contarles...

¿Qué les iba a contar?

Los muertos no vuelven. El propio Jimmy Powers lo había dicho...

UN TRAGO DULCE

D

AN Sanger penetró en el bosque.

—Esto es un paraíso. ¡El auténtico paraíso! El país de las hadas...

Hablaba consigo mismo.

Dan era un hombre dado a la exageración. Él lo llamaba «licencia poética». Y sus amigos se referían a aquella tendencia en términos de «pequeñas evasiones fantásticas de Sanger».

Pero en esta ocasión no decía más que la verdad.

El bosque se erguía silencioso a su alrededor, alto, dorado por la luz de la tarde que caía oblicuamente a través de las hojas a medio desplegar de principios del verano. A sus pies, la hojarasca alfombraba pálidamente el suelo.

Cantó un cuclillo.

—Indudablemente, esto es el paraíso.

Había detenido su automóvil en un claro cercano a la carretera, cautivado por el paisaje que estaba recorriendo, extasiado ante tanta belleza. Se había apeado y cerrado la portezuela.

Ahora siguió por el sendero tapizado de vegetación en busca de un lugar donde comerse los *sandwichs* que había comprado en el pueblo inmediatamente anterior. No había cuidado de que alguien le robara el coche. Por allí no había un alma, y en muchas millas a la redonda debía ser igual.

Los árboles se extendían a derecha e izquierda de él, dando sombra al sendero. Hacía tanto calor en aquel bosque como quietud había en él.

De pronto, Dan se detuvo con una exclamación de sorpresa.

—¡Pobrecillo! ¿Qué puede haberle sucedido?

Junto al sendero se veía el cuerpo de un faisán en todo el esplendor de su colorido plumaje. Dan dio vuelta al ave. Las plumas, de un púrpura bronceo, verdes y doradas, eran tan suaves como el cabello de una muchacha.

Prosiguió su camino, preguntándose si sería capaz de convertir el incidente en un relato poético.

«El faisán en el paraíso».

¿Demasiado bonito?

¿Demasiado sentimental?

Tal vez algún semanario de Nueva York se lo publicara...

Empezó a escoger rimas, caminando mientras su vista se recreaba en la belleza que le rodeaba.

—Herido de muerte... sobre un lecho de hojas muertas... ante su hermosa altivez... abatido... mis ojos se llenaron de indecible ternura...

Recitaba para sí mismo.

¿O sería mejor algo así como «límpidas lágrimas de aflicción como la lluvia primaveral resbalando por los pétalos de una flor»?

Apresurando el paso, Dan pensó qué difícil resultaba escribir poesía sobre temas bucólicos.

La naturaleza podía ser bella, pero no excitante.

Y era poesía bucólica lo que quería el semanario «Field and Garden».

¿Cuánto podía valer aquel faisán?

—Pisada grácil que la muerte truncara... impidiendo ya siempre que yo te admirara...

No estaba mal, pero...

¡Maldición! En su éxtasis había estado a punto de pisar otro faisán.

¿Qué les ocurría a las aves de aquel bosque?

Dan, que no encontraba en aquello una explicación lógica, reanudó su paso con el ceño fruncido.

El sendero continuaba a la derecha colina abajo. Dejando la arboleda, se dispuso a atravesar un diminuto valle.

De pronto, algo en su interior le avisó que no estaba solo en aquellos inmensos parajes desolados.

¡Alguien estaba cerca!

Y poco rato después, Dan se sorprendió de ver a sus pies una pequeña cabaña de piedra, rodeada de árboles por tres de sus lados. En la parte de la fachada había un sector cubierto de césped.

Y en él una tumbona y un hombre beatíficamente tendido en ella, disfrutando el sol de la tarde.

¡Increíble!

El primer impulso del joven fue dar media vuelta. Creyó haber violado la intimidad de aquel hombre y, por otra parte, no le hacía ninguna gracia encontrarse allí con un desconocido. Él había acudido a aquel lugar en busca de soledad y tranquilidad, cosas difíciles de conseguir en Nueva York.

¡Ya podía haber puesto algún cartel indicador, diantre!

El bosque se le había antojado, y con razón, tan desierto como el mismo paraíso.

Pero si ahora se volvía por dónde había venido, su acto tendría una apariencia de culpabilidad y de algo furtivo, por lo que, pensándolo mejor, decidió pasar por delante de la cabaña como si tal cosa.

Después de todo no había valla alguna y el sendero no tenía tampoco señalización de ninguna clase que revelara que era propiedad particular.

Tenía perfecto derecho a estar allí.

El hombre, al ver aproximarse a Dan Sanger, le saludó afablemente.

—Buenas tardes, amigo.

—Buenas tardes.

—Magnífico tiempo, ¿verdad?

—Sí.

—Veo que le gusta pasear.

—Espero no haber invadido su propiedad.

Observando a aquel hombre, Dan corrigió su primera impresión. No se trataba de ningún guarda forestal, había distinción en cada rasgo de aquel rostro delgado y de marcadas facciones. Lo que más atrajo la atención del joven fueron las manos, que sostenían una taza de café: eran tan blancas, tan frágiles y finas como las pálidas raíces de las plantas acuáticas.

El hombre repuso cordialmente:

—En absoluto. Me alegro de ver a alguien por aquí.

—¡Vaya! Gracias.

—A decir verdad, llega usted en el momento más oportuno. Sea bien venido. Precisamente estaba deseando un poco de compañía. Pese a lo delicioso que encuentro este retiro selvático, se me hace pronto un poco aburrido.

—Bueno, yo había comprado unos sandwiches y...

—Yo acabo de comer. ¿Por qué no los come si le apetece hacerlo? Conmigo no debe gastar cumplidos. Confío en que disponga de tiempo para sentarse y compartir conmigo el café y licor de la sobremesa.

Mientras hablaba, retrocedió unos pasos con el brazo extendido y arrojó una segunda tumbona del porche de la cabaña.

—¿Se sienta un rato?

Dan sonrió.

—Desde luego. Muchas gracias. Acepto encantado.

El hombre entró en la casa, regresando con otra taza de café negro, aromático y caliente, que ofreció al joven. Llevaba también una copa, en la que, de una botella de licor, vertió cuidadosamente un líquido transparente e incoloro.

—Yo ya me había servido mi copa, como verá.

—No debería molestarse...

—No es molestia, se lo aseguro.

Dan olfateó con cautela su copa, desconfiando de la botella y su evidencia casera.

Pero su perfume, aromático y poderoso, era similar al del «curaçao», y el líquido se movía en la misma con untuosa suavidad.

No era ciertamente licor de hierbas.

El anfitrión, volviéndose a sentar, brindó en el aire con su copa.

—Bueno, a su salud.

Y bebió con delicadeza.

Dan correspondió, y añadió:

—A la suya. Me llamo Dan Sanger.

El licor no era «curaçao», pero sí parecido a él y, desde luego, muy fuerte. Dan, que no había comido aún, sintió que sus vapores se le subían a la cabeza como si se hubiera tragado una botella de «whisky» sin respirar.

—Yo me llamo Clay Dennison. Debería comer algo, si no, ese licor se le subirá a la cabeza. ¿Quiere que le prepare algo?

—No, gracias. En realidad, no tengo apetito. Ese licor...

—Ya me di cuenta de que desconfiaba antes de tomarlo. ¿Cree que intento envenenarlo?

Dan sonrió.

—¿Por qué habría de hacerlo? Usted no me conoce.

—Tiene razón. Pero también tiene razón cuando desconfía de los extraños...

—A propósito, me dijo que se llamaba Clay Dennison.

—Sí.

Entonces comprendió Dan por qué aquellas manos le habían parecido tan espectaculares, tan portentosamente fuera de lo común.

—¿Es usted el famoso cirujano?

Dennison sonrió.

—Sí.

—¿Acaso vive usted aquí?

—Oh, no... vivo en Nueva York, naturalmente. Esto es tan solo un retiro para mis vacaciones y mis fines de semana. Un refugio de descanso tras las fatigas de mi trabajo.

—Y a decir verdad, muy alejado. Debe de estar a más de cinco millas de la carretera más próxima.

—A seis.

—Dejé mi automóvil en un claro del bosque, próximo a la carretera. No sé si correrá algún peligro.

—Ninguno. Es muy raro que alguien atravesase estos parajes. Y si alguien lo ve, lo más seguro es que piense que se trata de una pareja de enamorados que anclan cerca del automóvil.

—Sí, tiene usted razón.

—Dígame, ¿cuál es su profesión?

—Soy escritor.

—¡Vaya! Eso está muy bien. ¿Y qué escribe?

—Oh, de todo un poco... historias fantásticas, cortos para la televisión,

y también poesía.

—Así que es usted poeta.

Dan sonrió.

—Me hará usted enrojecer si lo dice así, tan solemnemente. Colaboro en varios semanarios de Nueva York, entre ellos, «Field and Garden». Este tipo de revistas insertan en sus páginas poesías sobre la vida, el amor y cosas así... No me considero un poeta, aunque me gusta la poesía.

—Es usted demasiado modesto para vivir en Nueva York. No lo entiendo.

Dan rio con ganas.

El licor empezaba a causar su habitual efecto en él.

A medida que hablaba, animado por las preguntas de Dennison, fue recordando recortes de prensa acerca de su anfitrión: la operación del príncipe indio, el apéndice del ministro, la amputación practicada a aquella infortunada bailarina que sufrió el machacamiento de ambos pies en un accidente ferroviario, la difícilísima operación llevada a cabo a la heredera de un rico banquero y que resultó un éxito perfectamente milagroso...

De pronto advirtió con sorpresa que su copa estaba vacía.

—Debe sentirse usted un dios.

Dennison pareció quitar importancia al halago con un gesto de su mano.

Se inclinó hacia adelante.

—Todos tenemos nuestros atributos divinos. Usted mismo, por ejemplo...

—¿Yo?

—Usted es escritor, un artista creador... Usted posee un poder casi divino al plasmar su pensamiento sobre el papel.

—No se me había ocurrido. Sin embargo...

Dan sentía que el licor componía en su cabeza algo parecido a doradas y rosadas nubes.

El cirujano inquirió:

—¿Sin embargo?

—Iba a decir que poseo otro poder... no sé si divino o no...

—¿A qué se refiere?

Dan sonrió.

—Es una tontería. No sé si debo hablar de ello.

—Estoy seguro de que, al menos, servirá para distraernos en una tarde tan aburrida como esta. ¿Qué más da que usted crea que se trata de una tontería?

—Bueno... tengo el poder insólito de predecir el futuro. Es un poder no compartido por muchas personas, ciertamente. Por ejemplo: cuando atravesaba el bosque, sabía que unos momentos después encontraría a

alguien, a usted. Con solo mirar la lista de participantes en una carrera, el nombre del ganador se me aparece en la página como si estuviera impreso en tinta roja. Intuyo siempre los sucesos futuros, como catástrofes aéreas o descarrilamientos ferroviarios...

Dan sentía los vapores del licor en su cabeza.

¿Cuál era aquel otro recorte de periódico acerca del cirujano Clay Dennison? Un reciente reportaje, algún breve párrafo que captó su mirada... No podía recordarlo, pero sabía que tenía importancia.

Dennison le miraba con el mayor interés. Sus ojos, semiocultos y fanáticos bajo los pesados párpados, despedían brillantes destellos luminosos.

—¿De veras?

—¿Cómo dice?

—Me contaba que suele usted tener premoniciones...

—Ah, sí... eso es.

—Resulta muy interesante. Siempre he deseado conocer al alguien con tal poder. Debe de ser una responsabilidad aterradora.

—Oh, desde luego.

Dan advirtió que su copa volvía a estar llena.

La apuró.

—Claro que no utilizo esta facultad para mis propios fines. Algo elemental en mí me obliga a no hacerlo. Algo tan básico, ¿sabe? como el instinto que rechaza el canibalismo o el incesto.

—Claro, claro... Pero para otra persona... Usted podría prevenirla, aconsejarla, dictarle provechosas líneas de conducta, ¿no?

—Pues, sí...

—Oh, mí querido amigo, su copa está vacía. Permítame.

Dan dijo nebulosamente:

—Es un licor maravilloso. Es como una guirnalda de flores de azahar.

—Yo mismo lo destilo. De la mermelada. Puede beber todo cuanto quiera. Hay más.

—Me gusta...

—Pero, por favor, continúe con lo que estaba diciéndome. ¿Podría usted, por ejemplo, adelantarme el ganador de la carrera de caballos que se disputa esta tarde?

—¿Se refiere a la copa «Newark Píate»?

—Sí.

—Claro que puedo adelantarle el ganador. Nada más fácil.

—Dígamelo.

—«Black Carnation».

—¿Está seguro?

—Oiga, si duda respecto a mis dotes...

—No, por favor. Disculpe. Pero es que resulta increíble. ¿Y el resultado de las elecciones parciales? ¿Lo sabe también?

—Eso también es fácil. Ganará el candidato demócrata, Jakobson, por una mayoría de doscientos ochenta y dos votos. Aunque no llegará a la Casa Blanca. Morirá mañana a las diez de la mañana de un infarto de miocardio.

Dennison parecía encantado.

—¡Qué me dice! Es increíble.

Dan no necesitaba que lo empujaran demasiado. Contó la historia del financiero a quién había prevenido a tiempo de la quiebra de la compañía petrolífera, el sueño premonitorio sobre el famoso violinista por el que este canceló su pasaje en el funesto trasatlántico, y el trágico relato del torero que había ignorado su advertencia.

—Pero estoy hablando demasiado de mí mismo.

Dan notaba que se le trababa la lengua y que le era cada vez más difícil ordenar sus pensamientos.

Recurrió, pues, a un tópico impersonal, algo sencillo y sin complicaciones.

—Los faisanes. ¿Qué les ocurre aquí a los faisanes?

—¿Cómo dice?

—Los faisanes... Mueren en la plenitud de su vigor. Es... es terrible. Encontré algunos de ellos por el bosque. Cuatro o cinco.

Dennison no parecía muy interesado en la suerte corrida por los faisanes.

—¿Ah, sí? Creo que se debe a las rociadas de productos químicos que se utilizan en las cosechas. Van a perturbar la ecología. Nunca prevén los probables resultados que se seguirán. ¡Ah, sí usted tuviera ese asunto a su cargo, amigo Sanger! Pero, perdóneme, la tarde es muy calurosa y debe usted estar cansado si ha venido caminando seis millas desde la carretera. ¿Por qué no duerme un poco?

—No. Debo irme.

—¿Por qué tanta prisa?

—Estoy en vacaciones, señor Dennison. Solo me detuve para comerme algunos «sandwichs» mientras daba un paseo por el bosque. Todo de lo más bucólico... Luego, me sentí encantado por el paisaje y los pies me trajeron hasta aquí...

—El destino. Hemos hecho amistad. Ahora somos amigos.

—Gracias.

—No es un cumplido. Un encuentro casual, dos personas cultas que congenian. El destino ha tenido algo que ver, ¿no?

—Creo que sí. Continuaremos nuestra amistad en Nueva York, desde luego. Cuando yo vuelva de mis vacaciones... y usted vuelva allí después

de descansar aquí.

—Desde luego.

—¿Por qué me ha entrado este sueño?

—Mi licor de mermelada. Es único. Duerma un poco...

Su voz parecía provenir de muy lejos. Eso al menos le parecía a Dan Sanger. Una red de hojas nimbadas por la dorada luz del sol se entrelazaba ante sus ojos. Se recostó agradecido y relajó sus doloridos pies.

—Puede quedarse a dormir aquí e irse mañana, si lo desea. Hay una cama para usted en la cabaña.

—No... no... debo irme... Solo dormiré un rato, una pequeña siesta...

—Como quiera, amigo.

Dan sonrió beatíficamente. Un ligero sopor comenzó a apoderarse de él. Recordó la conversación que acababan de tener Dennison y él. ¡Cómo se había divertido! Sí, se había divertido mucho...

Porque todo aquello de su poder de predecir el futuro era un cuento chino que se había inventado sobre la marcha.

El ganador de la copa «Newark Plate»... «Black Carnation» fue el primer nombre que se le vino a la memoria... Él sabía que ese caballo corría aquella tarde en ese hipódromo, pero eso era todo...

El resultado de las elecciones parciales... También dijo el nombre de uno de los candidatos, y vaticinó que moriría al día siguiente por la mañana, a las diez, de un infarto de miocardio... Pero al día siguiente él ya no estaría allí...

Luego siguió una colección de embustes capaz de derribar a un elefante de los más grandes que pudieran encontrarse en la selva africana.

¿Por qué todo aquello?

En parte por el endiablado licor, que le había dado ganas de hablar y hablar ininterrumpidamente, sin que su mente tuviera mucho que ver en ello.

En parte también por afán de divertirse.

Sí, reconocía que era cruel burlarse así de un hombre tan educado como Clay Dennison, el famoso cirujano pero que no había sido con mala intención.

Ahora... ahora tenía sueño...

Sí, descabezaría un sueñecito, una minúscula siesta, y luego se despediría de su anfitrión y continuaría su camino.

Sintió que se dormía.

Casi palpó el momento en que pasó de la consciencia al sueño profundo.

Algún tiempo después, Dan Sanger se despertó ligeramente.

¿O era tan solo un sueño?

Y vio a Dennison de pie junto a él, frotándose las manos, jubiloso.

—Mi querido amigo, mí querido señor Sanger...

—¿Qué... qué pasa...?

—Pasar, no pasa nada. Pero nunca podré alegrarme bastante por haberle encontrado.

—¿Por qué?

—«Black Carnation» ha ganado la copa «Newark Píate» en esa carrera de caballos. Y ha ganado sin gran esfuerzo. Acabo de verlo hace un rato por televisión. ¿Se da cuenta?

—Sí. ¡Qué bien!

Dan seguía medio adormilado.

Dennison estaba eufórico.

—¡Qué lástima de no haber tenido tiempo de apostar a ese caballo!

—Sí, una lástima...

—Pero no se preocupe, mí querido amigo, no se preocupe... En otra ocasión será. Perdóneme que haya turbado su bien ganado descanso. Bébase este último resto de mi inigualable licor de mermelada y concluya su siesta hasta que el sol empiece a ponerse en el bosque.

Le puso la copa en los labios y empujó con la mano.

Dan se bebió todo el contenido.

En su inconsciencia, Dan Sanger pensó:

«¡Qué dulce sueño! ¡Pensar que el caballo ha ganado realmente! ¡Ojalá hubiera yo apostado por él un billete de cien dólares! Tengo que levantarme pronto. Debo estar en camino dentro de media hora más o menos. ¡Pero tengo tanto sueño...!

* * *

Dan Sanger tuvo unos sueños muy raros.

Sonó que el prestigioso cirujano Clay Dennison, su amigo, se encontraba en un quirófano inmenso, todo de color blanco, muy iluminado, y que tenía puesta su indumentaria de cirujano: bata blanca y todo lo demás... Manejaba un bisturí que cortaba la carne humana como si fuera papel de seda.

Y la sangre manchaba su bata blanca...

Él, Dan Sanger, le ayudaba en la operación. Él era su ayudante.

Pero luego no. Luego era el paciente a quién Dennison estaba operando en aquella mesa de quirófano.

Y la sangre que manchaba la bata del cirujano era su propia sangre...
¡Su propia sangre!

Luego era él quien operaba.

Después trastocaban los papeles.

Una y otra vez...

Dan Sanger sudaba copiosamente, presa de gran excitación, inmerso en la pesadilla que no le dejaba descansar apaciblemente.

El licor... la sangre...

La sangre... el licor de mermelada...

Luego, solo la sangre.

Su sangre.

* * *

Cuando Dan se despertó al fin, se encontró con que estaba tendido en una camilla.

O en una cama muy estrecha, al menos...

Estaba dentro de la cabaña y cubierto con un par de mantas.

Le dolía la cabeza hasta parecerle que iba a estallar en pedazos. Tardó unos minutos en poder ver con claridad. Entonces comprobó que se hallaba en un cuartucho blanco semejante a una celda, en el que no había más muebles que la cama donde se hallaba y una silla.

Había anochecido.

Trató de incorporarse, pero no lo consiguió. Un extraño entumecimiento y pesadez invadían todo su cuerpo. Y tras alzar ligeramente su cabeza apoyándose en la nuca, se sintió tan mareado que renunció al esfuerzo.

¡Aquel maldito licor tenía la culpa!

Claro, se había bebido toda la botella casi él solo. Aquel licor debía tener el efecto de un mazazo. ¡Qué idiota fue al beberlo! Ahora tendría que disculparse ante el señor Dennison...

¿Qué hora sería?

En aquel momento entró Clay Dennison en la habitación.

—¡Vaya! Veo que por fin despertó. Permítame ofrecerle de beber.

—No, por favor...

Dennison sonrió.

—No tema. No es mi delicioso licor de mermelada.

Y alzando hábilmente a Dan, le dio un poco de agua en un recipiente de barro.

Prosiguió:

—Y ahora, déjeme que vuelva a acomodarlo. Así. Excelente. Pronto le tendremos a usted en... bueno, no en pie, pero sí incorporado y tomando alimento. Si le apetece, puedo darle de momento un poco de extracto de carne.

—Lo siento mucho, pero no debo abusar más de su hospitalidad. Estaré perfectamente dentro de unos instantes.

Dennison se echó a reír.

—¿Usted cree?

—Ese licor me ha dejado fuera de combate. No siento mis piernas, ni mis brazos... Es como si no pudiera moverme o valerme de ellos... Pero creo que se me pasará pronto. No quiero abusar de su hospitalidad.

Dennison soltó una desagradable carcajada.

—No abusa usted, mí querido amigo, no abusa usted en absoluto de mi hospitalidad. En absoluto. Espero que disfrute aquí de una larga y grata estancia. Estos alrededores, tan tranquilos, tan propicios a la inspiración de un escritor... ¿qué más puede usted desear en el mundo?

—No le entiendo. ¿Qué quiere decir?

Dennison parecía no escucharle.

—No crea que le molestaré, no. Estaré en Nueva York durante todo el día y me reuniré con usted al final de la tarde para gozar de su compañía... Vamos, vamos, no piense que será un estorbo o algo parecido. Al contrario. Confío en que tenga la amabilidad de darme por adelantado las cotizaciones bursátiles, lo que compensará ampliamente cualquier pequeña molestia que pudiera usted ocasionarme. No, no. Debe usted sentirse como en su propia casa... Por favor, considere ni más ni menos que esta es su casa.

¿Cotizaciones bursátiles?

Dan tardó unos momentos en recordar.

Trató de acordarse de los embustes que le había contado afuera, en el porche.

—Señor Dennison...

—Sí.

—Supongo que no se creería todo eso que le conté. Todo lo que le dije, señor Dennison, era un poco exagerado, ¿sabe? Sobre lo de predecir el futuro... No, en realidad no puedo hacerlo. Temo que la victoria de ese caballo fue pura coincidencia.

—Vamos, vamos...

El famoso cirujano sonreía, pero había palidecido un tanto y Dan advirtió un guero de sudor que resbalaba por sus mejillas.

—Le aseguro que todo era mentira.

—Estoy seguro de que me será usted de gran utilidad, de un valor inestimable. Desde mi jubilación, me es absolutamente necesario aumentar mis ingresos mediante sabias inversiones.

Entonces fue cuando Dan, repentinamente, recordó aquel breve párrafo en no sé qué periódico. Aquel recorte de prensa que antes no recordara, que se refería al famosísimo cirujano Clay Dennison. Ahora sí lo recordaba.

Lo recordaba muy bien.

Decía algo sobre quebrantamiento nervioso, sobre reposo absoluto...

¿Clay Dennison estaba majareta?

Nadie lo hubiera dicho.

Pero, entonces...

Dan trató de incorporarse.

—Yo... yo tengo que irme ya. Tengo que ir a donde dejé el coche.

No podía incorporarse.

La voz de Dennison sonaba ahora extraña, realmente extraña.

—Su coche... ya no va a necesitarlo más... Me permití adentrarlo aún más en la espesura del bosque y retiré la documentación que había en la guantera. La quemé. También quité las placas, las matrículas. Las tiré. No, no... Las enterré. Eso es.

—Pero, ¿por qué?

—No quiero que den con usted.

Dan comenzó a sudar copiosamente por todos sus poros. Comenzó a sentirse asustado.

—Usted... usted...

—¿Qué?

—Usted está loco... ¡Está loco!

A Dennison se le crispó el rostro. Apretó los dientes hasta parecer que iban a partírsele. Sin poderse contener, abofeteó al joven.

Este no pudo defenderse, ni siquiera protegerse. Sus manos no le obedecían.

—Usted...

—¡No pronuncie esa palabra! ¡Ellos también lo decían! ¡No estoy loco! ¡No estoy loco!

Luego se fue calmando.

—Solo fatigado... Cansado de tanto trabajar por los demás... Necesito reposo...

Dan le miraba absorto. Tan absorto que incluso se olvidó de sí mismo. ¿Quién era realmente aquel hombre que tenía delante? ¿Qué era?

—Señor Dennison, compéndalo... He de irme...

Y entonces fue cuando Dennison inundó la estancia con una estruendosa carcajada, la más ruidosa, demoníaca y alucinada que jamás escuchara Dan Sanger.

—¡Irse! Usted no puede irse.

—¿Qué no...?

—Oh, pero, señor Sanger, eso es inadmisibile. En efecto, para evitar que usted me abandone, yo le he amputado a usted los pies y las manos. Es decir, he cortado por las rodillas y por los codos. Pero no tiene usted por qué preocuparse. Sé que será muy, muy feliz aquí. Y estoy convencido de

que hace usted mal en subestimarse, en dudar de su poder de adivinación. Acertó con el caballo y acertará mañana, cuando Jakobson muera de un infarto a las diez de la mañana. Pondremos la televisión y oiremos la noticia, ya verá. En cuanto a escribir, ya sé que no podrá por sí mismo, pero yo le traeré un magnetófono y usted dictará sus trabajos. Luego, una secretaria los mecanografiará. Pero lo del magnetófono será si usted antes me da por adelantado las cotizaciones bursátiles. ¿Estamos de acuerdo, señor Sanger?

Dan Sanger no le oía.

Por primera vez era consciente de las amputaciones de sus miembros.

No es que sus manos y pies estuviesen dormidos a causa de aquel licor de mermelada, no.

Sus rodillas y sus codos estaban vendados.

Pero a partir de aquellos cuatro muñones vendados no había nada más.

CANTO DE SIRENAS

L

A costa, en realidad, era una sucesión de escollos y arrecifes, muchos de los cuales quedaban cubiertos por las aguas durante las mareas.

Uno de ellos, sin embargo, el mayor de todos, alzaba su cota máxima a unas veinte yardas sobre el nivel ordinario del mar.

El islote mediría unas doscientas yardas de diámetro, pues tenía más o menos la figura de una circunferencia, visto desde arriba. En algunos lugares, sus bordes eran sumamente escarpados, pero en general resultaba fácilmente accesible. Formaba una especie de meseta rocosa, sin vegetación, salvo algunos líquenes y algas, y en su centro se elevaba la imponente estructura del faro...

El faro de Cabo Harper.

A ciento cincuenta yardas sobre el suelo, la linterna del faro, con una potencia de un millón de bujías, iluminaba por la noche los senderos del islote y sus destellos podían ser captados desde quince millas de distancia.

Para mayor visibilidad durante el día, la torre estaba pintada de negro y amarillo, en anchas franjas, lo que le confería un raro aspecto.

Un hombre esperaba en el embarcadero.

El embarcadero era en realidad una especie de horquilla en las rocas, en las cuales había sido incrustado un poste de cemento para amarrar las lanchas, únicas embarcaciones que podían acercarse al islote.

El hombre era Patrick Murdock, torrero jefe, de mediana estatura, membrudo y con algunas canas en su crespa cabellera. Tenía en las manos unos prismáticos, que se llevó a los ojos para escrutar la costa.

Vio el vaporcito que se balanceaba sobre las olas, manteniéndose al paio, mientras unos cuantos tripulantes arriaban de los pescantes una lancha motora ocupada por cuatro individuos.

El calado del vapor era demasiado grande para alcanzar la cercana costa. Por ello debía mantenerse en la ensenada.

Patrick Murdock no perdía detalle de la operación.

El viento estaba casi en calma, pero a pesar de todo, las olas golpeaban contra los arrecifes de Cabo Harper. Corrían unas nubes bajas, grisáceas, entre las cuales se veían pedazos de cielo azul.

Al capitán del barco le preocupaba el estado del tiempo.

El barómetro tendía a la baja y él conocía aquellos parajes lo bastante

bien como para saber que la brusquedad con que se desencadenaba un temporal era capaz de conseguir que naufragara su nave en pocos minutos.

La motora se puso en marcha, avanzando y rebrincando sobre las olas, firmemente guiada por la mano del primer oficial.

Murdock contempló con aire crítico a los hombres que venían en la motora.

Su atención estaba centrada en el torrero que iba a hacerle compañía durante cinco largos meses, antes de que llegara él relevo.

Un marinero lanzó el cabo a tierra.

Murdock saludó alegremente:

—Bienvenido a Cabo Harper.

Sus sagaces ojos contemplaron a su nuevo compañero, un hombretón de unos treinta años, rubio, de ojos azules, de sonrisa que volvía locas a las mujeres.

Esto último lo sabía Murdock muy bien...

Naturalmente que lo sabía.

El recién llegado cogió su petate y saltó a tierra con agilidad. Sus azules ojos escrutaron sin doblez el rostro de Murdock.

—Soy Nick Belmont, su compañero durante cinco meses.

—Lo sé. Mi nombre es Murdock. Patrick Murdock.

La motora puso rumbo al vaporcito, que seguía balanceándose sobre las aguas de la ensenada.

Una ola golpeó las rocas cercanas.

Murdock sonrió a su compañero.

Este dijo:

—Usted ha dicho saber mi nombre. ¿Cómo es eso?

—¿Olvida que dispongo de radio aquí? Me informaron de su llegada y me dieron su nombre. Lo sabía desde hace varias fechas, desde que el otro torrero se puso súbitamente enfermo de apendicitis y fue preciso que un helicóptero viniera a buscarlo.

—Entiendo.

—A propósito, ¿cómo sigue Bill?

—Ah, bueno, ya está fuera de peligro. Le quitaron el apéndice y dentro de un par de días podrá levantarse. Pero ha quedado un poco quebrantado de salud y el médico le ha recomendado al menos un mes de descanso en un sitio soleado.

—Al final ha tenido suerte.

—Sí, unas vacaciones extras.

Las olas volvieron a golpear las rocas cercanas.

Murdock guardó los prismáticos en su funda y se los colgó en bandolera.

—Vamos a tener mal tiempo.

Nick se encogió de hombros.

—¡Qué se le va a hacer! Son cosas del oficio.

—Usted no había estado nunca en Cabo Harper, ¿verdad?

—No; es la primera vez que me encomiendan un servicio en este faro.

—Algún día tenía que tocarle.

Lo dijo con una entonación que hizo fruncir el ceño al joven.

Sin embargo, este sonrió.

—Sí, algún día tenía que tocarme.

Murdock hizo un ademán hacia el faro.

—¿Qué tal si entramos? Le enseñaré primero su cuarto. Luego habrá tiempo de que conozca todo lo demás. Poco hay que ver, desde luego. Visto un faro por dentro, se han visto todos.

—Claro.

Nick cargó con su saco y se lo echó al hombro con facilidad.

Luego siguió a Murdock a través de la meseta, hasta llegar a la puerta de hierro que se alzaba a cinco yardas del suelo y a la cual se ascendía por medio de una escalera de peldaños de cemento.

Murdock explicó:

—Aquí estamos a unas veinte yardas sobre el nivel del mar. Pero a veces las olas barren el islote por completo. Por eso, la puerta es completamente estanca y está orientada como puede verse en el lado opuesto a la dirección de los vientos dominantes. Hay que tener en cuenta que las cisternas de combustible se encuentran a muchas yardas de profundidad, y que si se anegaran, el faro dejaría de funcionar a las pocas horas.

—Pero habrá baterías de emergencia...

—Desde luego, pero solo se usan si el motor que hace funcionar el generador de la luz sufre alguna avería. Sin embargo, es prácticamente imposible que esto ocurra. Se le revisa con minuciosidad y tenemos repuestos de las piezas más importantes. En realidad, tenemos repuestos casi para construir otro motor. Cabo Harper es un faro demasiado importante como para permitir que se produzca un fallo en su linterna.

—Desde luego, eso tenía entendido.

—Venga, le enseñaré su cuarto.

—Sí.

Pocos minutos después, Patrick Murdock se quedaba solo.

Se frotó las manos con fruición y una sonrisa sardónica afloró a sus labios.

¡Por fin había llegado Nick Belmont!

El jefe del departamento había cometido una imprudencia al enviar a aquel hombre como compañero suyo. Acaso de haber sabido la relación que existía entre ambos, hubiese buscado otro torrero para suplir la baja del

enfermo.

Pero el jefe del departamento solo se preocupaba de las cualidades profesionales de sus hombres. Raras veces entraba en sus motivos personales. Aparte de que lo que había sucedido entre Murdock y Belmont era un secreto solo compartido por ambos.

En realidad, solo Patrick Murdock estaba en tal secreto...

Nick Belmont ignoraba algunas peculiaridades del mismo. Por eso había aceptado de inmediato la propuesta que le hicieron de ocupar la plaza vacante en Cabo Harper.

Murdock sabía que él y Belmont tenían que coincidir algún día en aquel faro.

Llevaba mucho tiempo preparándose para el encuentro.

La linterna giraba monótonamente dentro de su cúpula de cristal.

Las olas, abajo, arremetían con pesados golpes contra las rocas. Gaviotas, albatros y petreles pasaban velozmente en torno al faro, emitiendo agudos chillidos con los cuales parecían anunciar la inminente tempestad.

Nick Belmont estaba arriba desempeñando su primer cuarto de vigilancia en Cabo Harper.

Su compañero se hallaba en su cuarto, descansando hasta el momento de ocupar su puesto.

Nick así lo creía.

Pero la realidad era que Murdock no dormía. Estaba despierto. Preparaba su venganza, planeaba desde hacía mucho tiempo. Tenía ante sí el retrato de una mujer, una mujer muy hermosa.

Y cada vez que lo contemplaba, le sangraba el corazón.

Lena le había abandonado.

Después murió.

—Existía un culpable. Se llamaba Nick Belmont, el hombre que tanto éxito tenía con las mujeres.

¿Cómo no iba a tener éxito con la dulce e inexperta Lena?

Pero luego, bien pronto, se cansó de ella. Se cansó apenas supo que ella iba a tener un bebé.

El niño nació muerto. Lena le escribió a Murdock unas líneas pocos días antes del nacimiento de la criatura, contándole lo ocurrido, dándole el nombre del padre y solicitando que la perdonara.

Además, añadió que ya no la vería nunca más.

Y era cierto: jamás la volvió a ver.

Murdock había ido al hospital para enterarse de adonde fue Lena, una vez repuesta.

Nadie lo sabía.

Poco tiempo después, se habían encontrado algunas prendas suyas a la

orilla del mar. Era fácil suponer cuál era la determinación que Lena había adoptado, enloquecida por la desesperación.

Desde entonces, Patrick Murdock albergaba la obsesionante idea de vengarse un día del culpable de su desgracia.

No tenía prisa. Cuanto más tardase la venganza, más dulce le resultaría llegado el momento.

«Venganza: placer de dioses»...

¿Quién había pronunciado aquella frase?

No importaba. Murdock empezaba a considerarse un dios, disfrutando anticipadamente del placer de la venganza que ya consideraba próximo.

Claro que no iba a llevarla a cabo al día siguiente...

Ni al otro día...

Tenía cinco meses por delante.

Antes de que les llegara el relevo, Lena habría sido vengada.

* * *

Nick y Murdock se reunieron a mediodía en la sala de descanso. La mesa ya estaba puesta.

Nick dijo:

—Vamos a estar juntos mucho tiempo. ¿Por qué no nos tuteamos?

—Por mí, encantado.

—Bien. Mi nombre es Nick, por si lo habías olvidado.

—Jamás podré olvidarlo. Lo tengo grabado en la memoria.

El tono con que dijo aquellas palabras turbaron una vez más al joven. Frunció el ceño como tratando de buscar un significado. Pero, al igual que el día anterior, sonrió ampliamente.

Murdock añadió:

—Mi nombre es Patrick, no lo olvides.

—No lo olvidaré aunque quiera. En cinco meses, no podré confundirle con nadie más.

Murdock cambió de tema.

—Bueno, no sé qué tal te pareceré como cocinero. Cada uno tiene sus gustos, desde luego, y hoy he preparado yo el almuerzo. Pero me gustaría que fueses franco y me dijeras qué es lo que no te agrada, con sinceridad. Estamos aquí para pasarlo lo mejor posible, ¿no?

—Claro. Pero no te preocupes por mí. Como de todo, no soy un sibarita. Con tal de llenar bien el estómago...

—Me alegro de que pienses así. Acércame tu plato y dime qué te parece esta sopa.

—Huele estupendamente.

—En confianza, la cocina no se me da mal.

Los dos hombres rieron.

Después, mientras comían, Murdock hizo la siguiente observación:

—Hay algo en ti que no entiendo...

—¿Qué es?

—¿Cómo un muchacho joven accede a pasarse cinco meses encerrado en este islote situado tan lejos de la costa? ¿No se te hará el tiempo demasiado largo?

Nick se encogió de hombros.

—El médico me recomendó una temporada de quietud y descanso en un lugar tranquilo. Si yo fuera millonario, me hubiera ido a una playa desierta, pero mi cuenta corriente suele estar a cero.

—¿Qué enfermedad...?

—Los nervios.

—¿Nervios a tu edad?

Nick le hizo un guiño.

—Digamos más bien las mujeres.

—Vamos, que se te dan bien.

—Igual que a ti la cocina.

—¿Alguna mujer en particular?

—Pudiera ser. Pero es un asunto que no me trae buenos recuerdos. Prefiero no hablar de ello.

—Como quieras. Sin embargo, aquí tendrás ocasiones sobradas de añorar a esas bellas mujeres que te acosan. A menos, claro está...

Murdock se metió un trozo de carne en la boca y comenzó a masticar.

Nick se quedó intrigado.

—¿A menos, qué...?

—A menos que te topes con una sirena.

El joven se echó a reír.

—Una sirena... tiene gracia...

—¿Por qué te ríes?

—Las sirenas solo existen en las historias fantásticas.

—No lo creas. Quizá para ti y para mí sea así. Pero no para los pescadores de la costa.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, cuando se construyó el faro, los pescadores mostraron cierta oposición. Llamaban a este lugar el «islote de las sirenas». Decían que había muchas y que nuestra presencia turbaría su paz. Tonterías. Leyendas fruto de la ignorancia y la incultura de unos pescadores analfabetos.

Lanzó una carcajada y añadió:

—En lo que a mí concierne, la paz entre las sirenas y yo es absoluta. Jamás nos hemos molestado mutuamente. ¡Por que no nos hemos visto nunca, como era de esperar!

Nic rio también.

—De todas formas, no me agradaría encontrarme con una hermosa sirena. Según dicen las leyendas, ¡sería capaz de arrastrarme con ella a su guarida en el fondo del mar!

Algo hizo estremecerse ligerísimamente la estructura de la torre.

Murdock volvió la vista hacia la ventana situada a cincuenta yardas sobre el suelo del islote.

—Eso es lo único que arrastraría a un hombre si se le ocurriese la tontería de salir a pasear afuera con este tiempo.

Nick se puso en pie.

A través del recio cristal de la ventana, salpicado de infinidad de gotitas microscópicas, pudo contemplar el singular espectáculo de un mar embravecido, cuyas olas a veces llegaban a la base del faro.

—Es aterrador...

—Eso no es nada. Este es el cuarto servicio que hago en Cabo Harper. He visto olas barrer el islote de lado a lado. Y a veces parecía como si la torre se fuese a derrumbar, tal era la fuerza del viento. Pero está calculada para resistir los más furiosos huracanes.

—Menos mal...

Las nubes corrían velozmente en el cielo, a escasa altura de la cúpula de la linterna.

Murdock consultó la esfera del anemómetro.

—Cincuenta millas por hora. Yo he visto esa aguja marcar la cifra cien. Es impresionante, te lo aseguro.

—Y que lo digas...

* * *

El barómetro subió y se produjo una época de buen tiempo.

Tanto, que hasta Murdock y Nick se animaron a bañarse en la ensenada del embarcadero.

Por turnos, naturalmente.

La vida en Cabo Harper resultaba exasperadamente monótona, incluso en el buen tiempo. Algunas noches, los dos hombres salían a pasear alternativamente.

Nick era el que más lo hacía.

Resultaba conveniente estirar las piernas, aunque no fuese más que a fuerza de ir y venir en un corto trecho.

Arriba, la linterna seguía girando y enviando con regularidad sus luminosos mensajes de aviso a los barcos que navegaban por las inmediaciones.

Para su distracción, los torreros contaban con la radio y un aparato de

televisión, pero la calidad de la imagen era a veces muy deficiente y no solían usarlo demasiado.

El barómetro continuaba anunciando buen tiempo.

Nick llevaba ya un mes en su nuevo servicio. Contando los días que había estado en Cabo Harper el torrero enfermo, cuyo período de servicio le era atribuido a él, le restaban todavía cuatro meses antes de regresar a tierra firme en compañía de Murdock.

Soplaba una fresca brisa y la temperatura era agradable.

Nick lanzó una mirada profesional hacia la linterna.

Funcionaba perfectamente.

Y siguió sus paseos.

Transcurrió media hora. De repente, en una zona en sombras, vio algo que se movía.

Nick pensó precisamente en una foca. A veces bajaban de latitudes más frías hasta Cabo Harper.

Pero al acercarse más vio que se trataba de una mujer.

Estaba sentada en una roca y cantaba dulcemente, mientras pasaba un peine rojo coral sobre sus cabellos de oro. Nick podía verle la espalda enteramente desnuda y el principio de las caderas...

Parpadeó unas cuantas veces, asombrado por lo que estaba viendo. Las caderas de aquella hermosa mujer estaban cubiertas de escamas de plata.

Nick se puso rígido.

¡Era una sirena!

Y cantaba...

Además cantaba. Podía oírla perfectamente.

Pasaron algunos segundos. Nick estaba como paralizado por el estupor. Le era difícil creer lo que sus ojos estaban viendo.

Tal vez habría podido asegurar que se trataba de una visión o una pesadilla producida por el largo aislamiento, de no haber oído perfectamente la dulce y melodiosa voz de la sirena. Incluso podía tararear la melodía de la canción...

La vista podía engañarle. Los oídos, no.

La sirena se volvió de pronto hacia él y le dirigió una encantadora sonrisa. Nick salió de su inmovilidad y avanzó hacia ella, automáticamente, sin pensar lo que estaba haciendo, como si su voluntad no le obedeciese.

Entonces, la sirena se arrojó al agua y desapareció tras un chapoteo de espumas.

Nick quedó al borde de la roca, contemplando estúpidamente el manso movimiento de las olas.

¿Así que era realidad la leyenda de los pescadores?

A la mañana siguiente, Nick despertó y, recordando el suceso de la víspera, se rio de sí mismo y de sus visiones de hermosas sirenas peinándose a la orilla del mar.

Aquel aislamiento en el faro hacía ver visiones...

O tal vez se había quedado adormilado al sentarse durante un momento en su paseo. En tales instantes, los sueños pueden ser confundidos con la realidad. Ocurre muy a menudo. El subconsciente, durante esos períodos, activa recuerdos.

Y en aquel caso concreto, el subconsciente había activado recuerdos de las palabras que Murdock pronunciara acerca de la leyenda de los pescadores.

La leyenda del «islote de las sirenas»...

Murdock dormía.

Nick tomó su desayuno y luego hizo una inspección rutinaria de los distintos servicios del faro: motor, combustible, generador, almacén de provisiones, aparatos de observación meteorológica...

El barómetro persistía en una cifra elevada.

Se anunciaba, por tanto, una racha de buen tiempo.

Nick subió a la cúspide y revisó la linterna, cuyos cristales limpió cuidadosamente. Luego hizo lo mismo con los de la cúpula protectora. En la terraza exterior, circular, protegida por una sólida barandilla, encontró el cadáver de una gaviota. Arrojó el cuerpo tan lejos como pudo y contempló su caída hasta verlo desaparecer en las aguas.

¡Qué horrible tenía que ser morir así, tragado por el mar!

¿Cómo moriría él?

¿Igual que la gaviota?

¿Sería arrojado su cadáver al mar?

Se encogió de hombros y miró hacia lo lejos. Por allí pasaba un transatlántico. Dentro de la cúpula había un excelente telescopio. Nick lo enfocó hacia la nave y estuvo contemplándolo unos momentos.

Dentro de pocas horas, el buque entraría en puerto.

Aun con la linterna apagada, el faro era un excelente medio de orientación para los capitanes de barco. Todos conocían la peligrosidad de aquellos arrecifes, tan inexplicablemente situados a gran distancia de la costa y que en el pasado, antes de que se levantara el faro, tantos naufragios había causado.

Por la noche, Nick acudió al mismo sitio donde la víspera viera a la sirena.

Ni él mismo hubiera podido decir por qué lo hacía.

Un sentimiento indefinido le impulsó a acercarse a la roca.

Esperó un rato.

La sirena no compareció.

Bien, todo había sido un sueño. Agradable, ciertamente, pero un sueño.

Algunas veces se acercaba un bote de pescadores y les entregaban algo de pescado fresco, con el que aliviaban la monotonía de su dieta. Además, un rato de conversación con ellos les servía de distracción.

Un día, Nick vio a Murdock haciendo una marca en el calendario.

El otro torrero había tachado una fecha en el calendario. De momento, Nick no reparó en el mes.

Dijo sonriendo:

—Tú haces como los presos. También ellos marcan los días que van pasando en calendarios que pintan en las paredes de sus celdas.

Murdock sonrió con benevolencia.

—Te equivocas.

—¿Me vas a decir que no hacías una marca en el calendario?

—Sí, pero por un motivo distinto. La fecha del relevo coincide con el cumpleaños de un compañero y siempre nos felicitamos en tales fechas. No me gustaría que se me pasara. Por eso lo he marcado.

—Entiendo. Sin embargo, todavía faltan cuatro meses para entonces.

—¡Huy! El tiempo pasa volando.

—¡Qué optimista!

Murdock sonrió enigmáticamente.

Sin embargo, era cierto. A pesar de la espantosa monotonía de sus vidas, había veces en que Nick se asombraba de la rapidez con que habían transcurrido aquellas primeras semanas de su servicio en el faro.

* * *

Dos meses habían pasado ya.

Ya solo quedaban tres.

Murdock tenía razón. El tiempo se pasaba casi sin sentir.

Aquella noche hacía un tiempo espléndido.

Nick decidió salir a pasear un rato por el islote. Al cabo de unos minutos, sus pasos le llevaron maquinalmente hacia la roca donde aquel día había visto a la sirena.

De pronto oyó su voz.

Sus pies se quedaron como clavados en el suelo. Reaccionó, pellizcándose con fuerza.

Estaba despierto.

¿O soñaba que estaba despierto?

Pero la sirena continuaba cantando. Y ahora la veía perfectamente a menos de diez pasos de distancia. La sirena pasaba las púas de coral por entre las hebras de un cabello que parecía de oro.

Una vez volvió la cabeza, le miró y le sonrió. Dejó de cantar un instante

y movió los labios, pronunciando silenciosamente una sola palabra:

—¡Ven!

Nick continuó inmóvil.

Ella dijo entonces:

—¡Ven, Nick, ven...!

El torrero dio un paso, luego otro, luego otro...

Vuelta a medias en escorzo hacia él, Nick pudo admirar la pureza de líneas de su torso desnudo, que parecía esculpido en plata por el cincel de un artista de la antigua Grecia de los dioses paganos.

Extendió los brazos hacia la sirena.

Ella continuaba llamándole:

—¡Ven, Nick, ven...!

Pero cuando ya solo faltaban tres o cuatro pasos, la sirena lanzó una carcajada de burla y empleando su propia cola como palanca, se arrojó al mar.

Los ecos de la carcajada se confundieron con el chapoteo de la sirena al sumergirse en las olas.

Nick volvió a quedarse quieto.

Se pasó una mano por la frente.

Pero, ¿cómo era posible aquello? ¿Cómo podía ver y oír a la sirena?

Una racha de viento fresco le dio en la cara.

—Estoy despierto, y sin embargo...

Regresó al faro, preocupadísimo. ¿Empezaba a padecer alucinaciones a causa de la monotonía de la existencia en Cabo Harper? Pero él se encontraba sano mentalmente, perfectamente sano. Había hecho otros servicios de seis meses en sitios análogos y jamás le había sucedido nada semejante. Siempre había soportado perfectamente un largo período de aislamiento y ni siquiera, como sucedía con otras parejas de torreros, había tenido la menor disputa con su compañero de servicio.

Muchas veces, el aislamiento y la soledad provocaban tensiones nerviosas entre los dos torreros de un faro, tensiones que se traducían en disputas y hasta peleas.

Incluso, en una ocasión, se había producido un asesinato.

A él, en cambio, jamás le había sucedido nada de eso.

Siempre se había avenido estupendamente con su compañero, como le sucedía ahora con Murdock.

Entonces... ¿qué le pasaba?

¿Era cierto o imaginado lo que le sucedía?

¿Es que era cierta la leyenda del «islote de las sirenas»?

El jefe del Departamento preguntó a través de la radio:

—¿Todo en orden, Murdock?

—Todo en orden por aquí, señor.

—¿Necesitan algo? El patrón del «Camoran» ha comunicado que mañana pasará cerca de Cabo Harper. En caso de que lo necesitaran, enviaría un bote y...

—Gracias, señor, pero tenemos de todo. Por ahora no necesitamos nada.

—Como quiera, Murdock. A propósito. ¿Qué tal le sientan a su compañero estos tres meses de soledad en el faro?

—Pues...

La voz de Murdock era calculadoramente dubitativa.

El jefe del departamento se alarmó.

—¿Está enfermo?

—Oh, nada de eso, señor. Pero Nick es un chico joven y se resiente un poco del aislamiento en Cabo Harper.

—Usted no es un viejo precisamente y no le pasa nada, Murdock.

—Bueno, pero ya tengo cuarenta años...

—Y la salud de un roble. Cuénteme. ¿Qué le pasa a Nick Belmont?

—Nada, se lo aseguro. Un poco inquieto a veces, eso es todo. Se da algún paseo por la meseta... pero nada más. No es cosa que revista gravedad ni mucho menos, créame.

—Bien. De todos modos, vigílelo. Usted es un veterano y sabe cómo tratar estas dolencias de la salud.

Murdock se echó a reír.

—Dos meses pasan pronto, señor. Descuide, vigilaré al muchacho.

—Está bien. Si ocurriera algo, no dude en llamarme de inmediato. Adiós, Murdock.

—Adiós, señor.

Murdock cerró el conmutador de la radio.

Una sonrisa de satisfacción curvó sus labios.

Ya empezaba a disfrutar de su venganza, del placer de los dioses.

Era conveniente preparar el terreno para cuando ocurriese lo irremediable.

* * *

Nick volvió a ver la sirena.

Ella seguía incitándole con su sonrisa hechicera. Pero cada vez que se le iba a acercar, se lanzaba al agua y lo dejaba chasqueado.

Nick empezó a dudar de su salud mental.

¿Cómo era posible que le sucediese una cosa semejante?

¿Estaba enamorándose de una visión?

Pero la oía cantar. Y reír. Y escuchaba sus carcajadas de burla cuando, tendiendo sus brazos hacia ella, lo esquivaba con un gracioso quiebro y se lanzaba al mar.

Unas semanas más tarde, preguntó:

—Patrick, ¿quién te contó la leyenda de las sirenas?

Murdock le miró fijamente.

—¿A qué viene eso? ¡No me irás a decir que crees en esas estupideces!

Nick se pasó una mano por la frente.

—¿Es que no pueden existir leyendas que sean una realidad?

—No.

—¿Por qué no?

—La leyenda y la realidad son dos cosas totalmente opuestas. O es una leyenda o es una realidad, pero no ambas cosas a la vez.

—¿Y si existieran las sirenas?

—¿Te sientes mal, Nick?

—¡Diablos, no! ¡Me siento perfectamente! Lo único que quería... Bueno, solo trataba de hacer comentarios sobre la leyenda...

Murdock hizo un gesto con la mano.

—Entonces, olvídalo y no te preocupes más de esas tonterías. Aquí conviene pensar lo menos posible, pues de lo contrario uno acaba volviéndose loco. ¿Eres casado, Nick?

—No.

—Bueno, mejor para ti. Yo también soy soltero. El oficio de torrero es muy duro y a las mujeres no les gusta tener fuera seis meses a su esposo. Claro que hay faros en la costa donde un torrero puede vivir con su familia... Pero en los faros como este la paga es mejor.

—Sí, claro.

Murdock sonrió.

—¿Olvidada esa tontería de las sirenas?

—Sí.

—¿Qué tal si nos jugamos una partidita a las cartas? A centavo el punto. ¿De acuerdo?

—De acuerdo.

* * *

El barómetro bajó.

Vino una racha de mal tiempo y un fortísimo temporal azotó las rocas de Cabo Harper.

Arriba, en la linterna, durante las noches, la tempestad podía contemplarse en toda su dramática grandeza.

Olas de diez, veinte y treinta yardas de altura barrían la meseta del arrecife y sacudían con fuerza la base de la torre, que resistía incólume los más duros embates de la tormenta.

Los aullidos del viento, a cien yardas sobre el suelo, poseían unos tonos impresionantes.

Por las mañanas, muchos días, era preciso lanzar al agua los cadáveres de las aves marinas que se estrellaban contra los recios vidrios de la cúpula encristalada que protegía la linterna.

El cielo estaba continuamente encapotado y al salir de la cúpula, las gotas de lluvia golpeaban la cara como puntas de cuchillos disparadas con gran potencia.

Luego, poco a poco, el temporal fue amainando y se produjo un alza barométrica.

Salió el sol y subió la temperatura.

Durante aquellas dos semanas largas, Nick vivió en un estado de tensión indescriptible.

Por fortuna, se decía ya terminaba su período de servicio. Una semana más y llegaría el relevo. Jamás había odiado tanto un faro como aquel de Cabo Harper. Incluso estaba pensando en cambiar de profesión.

Era también un buen marino. No le sería difícil encontrar un puesto de oficial a bordo de un carguero.

El tiempo se hizo excelente.

Además, había luna.

Contemplar el mar durante las noches era un espectáculo maravilloso, tan distinto de cuando los vientos huracanados lanzaban olas gigantescas contra los arrecifes.

Aquella noche, Nick volvió a ver la sirena.

Dos días más tarde llegaría el relevo.

Pero al ver a la hermosa mujer de cabellos de oro y senos que parecían de plata, Nick se olvidó de todo.

Ella le miraba y le sonreía cautivadoramente, sin dejar de cantar.

Para Nick desapareció todo cuanto le rodeaba.

Solo veía a la sirena.

Y de repente ella le llamó:

—Ven, Nick, ven...

Con voz susurrante.

Nick tendió los brazos hacia la sirena.

Avanzó un paso, dos, tres, cuatro...

—Ven, Nick, ven...

Aquella dulce voz taladraba sus tímpanos y llegaba persuasivamente al fondo de su cerebro.

Y Nick fue hacia ella.

Y cuando la sirena se lanzó al mar, Nick la siguió.

Se sumergió en las profundidades y sintió en torno a su cuello el amoroso abrazo de unos flexibles miembros que parecían de hielo.

Luego se hundió poco a poco hacia la infinita profundidad del mar.

Arriba, en la torre, Patrick Murdock sonreía sardónicamente.

Estaba disfrutando del placer de los dioses.

Lena había sido vengada.

* * *

Aquella misma noche, cargado con una pesada caja, Murdock se acercó al borde de uno de los acantilados y arrojó al fondo del mar el proyector cinematográfico y el magnetófono en que había grabado las canciones y la voz de la sirena.

Las imágenes procedían de una película rodada muchos años antes. La canción era muy antigua y originariamente había sido grabada en un viejo disco de ebonita, que luego él había trasladado a una cinta magnetofónica.

Ahora solo le faltaba recoger los cables y el altoparlante escondido en la roca donde Nick había visto a la sirena.

Una vez desaparecieran las pruebas de su delito, comunicaría al jefe del departamento la muerte de Nick Belmont.

Caminó hacia la roca y entonces, pese a la oscuridad de la noche, creyó ver un bulto flotando sobre las aguas.

¡Era Nick!

Murdock se llevó un gran susto, pero inmediatamente reaccionó. No había nada de sobrenatural en aquello. El cadáver se había hundido en las profundidades y ahora salía a la superficie, hinchado de agua...

No era corriente que el mar devolviera un cadáver a las pocas horas de habérselo tragado, pero a veces había ocurrido.

Era curioso, pero Nick parecía hacerle señas con el brazo, que por alguna razón extraña se mantenía erguido sobre su cabeza.

Lo que a Murdock empezó a no gustarle fue que el cadáver de Nick Belmont flotaba y se dirigía en una dirección determinada, como si algo o alguien lo condujera. Y aquella dirección era la roca donde viera a la sirena, ¡donde él estaba ahora!

¿Qué broma era aquella?

Murdock se quedó petrificado, con los ojos fijos en el mar, siguiendo la trayectoria del cadáver, que seguía con el brazo levantado y la mano engarfiada, como si en el último momento hubiera intentado asirse a algo...

Asirse a la vida.

Nick llegó hasta el arrecife.

Murdock podía ver su rostro, medio sumergido en el agua,

balanceándose como un minúsculo barco y golpeando las rocas al mismo compás de las olas rompientes.

En uno de estos balanceos, el cuerpo dio una vuelta y el rostro quedó mirando a Murdock.

Este lanzó un estridente grito que se perdió en la noche.

¡Nick parecía sonreírle!

Nick le sonreía...

Se asió con ambas manos a la roca y tomó impulso, elevándose por sí mismo, sin que nadie le ayudara, como si aún estuviera vivo. Sonreía demoníacamente, con los ojos inyectados en sangre y los dedos engarfiados como si fueran garras de un ser que volvía desde la tumba.

Murdock chilló despavorido.

Lo tenía delante de él, chorreando agua sus ropas, caminando torpemente hacia él.

Murdock no pudo más. Frenético, fuera de sí, trató de apartar de delante a aquella aparición. Se agachó y cogió una pesada piedra de las muchas que había por aquel lugar. La levantó por encima de su cabeza con ambas manos.

Nick seguía avanzando...

La lanzó con todas sus fuerzas contra el muerto resucitado de las aguas con tan buena suerte para él que el impacto del pesado proyectil, al dar en su cabeza, lo derribó al suelo.

Murdock parecía impulsado por un ansia enloquecedora. Nick estaba en el suelo. La piedra. Volvió a tomarla y la alzó por encima de su cabeza otra vez. El rostro de Nick, mirándole, sin decir nada, pero sonriendo, y las manos engarfiadas tendidas hacia él...

La piedra le hundió el pecho al caer de plano.

Nick seguía sonriendo.

Murdock perdió la cuenta de las veces que machacó aquel cuerpo que no sabía si estaba vivo o muerto. Una y otra vez... ¿Cuántas? Hasta que se cansó.

Solo un amasijo de carne sanguinolenta, de pulpa humana encharcada en un líquido rojo mezclado con el agua del mar.

Hasta que Murdock no destruyó el rostro no paró de sonreír.

Luego, agotado, el torrero cayó desvanecido junto al cadáver destrozado de su compañero.

* * *

Lucía un sol radiante.

Murdock despertó de su prolongado letargo. Inmediatamente, su mente reconstruyó los últimos acontecimientos. Pensó por un instante que pudiera

haberse tratado de un sueño, que a la luz del día la realidad sería distinta...

Pero, no.

No era así.

Allí estaba el destrozado cadáver de Nick Belmont, definitivamente quieto, sin el menor indicio de que fuera a volver desde el otro mundo para tomar venganza.

Murdock, terriblemente cansado, caminó hacia la roca y entonces, en pleno día, vio a la sirena.

Murdock se detuvo, parpadeando de asombro.

No, no era posible...

Sufría una alucinación. Otra alucinación. Su mente poseía una gran fortaleza. No podía ver a la sirena... y sin embargo la estaba viendo.

La sirena se peinaba con una peineta de coral.

Cantaba melodiosamente.

Murdock se sentía estupefacto. No, aquello no podía ser... él sí había engañado a Nick con unas proyecciones cinematográficas y unos sonidos grabados en cinta. Pero ahora no había proyector ni magnetófono. Estaban en el fondo del mar.

Y, sin embargo, allí estaba la sirena, a pocos pasos de él, peinándose al sol sus cabellos con una peineta de coral. La sirena del cabello de oro y los senos de plata.

Ella le miró de repente, sonriendo con dulzura.

Murdock creyó que la cabeza le daba vueltas. Porque aquella sirena que tenía delante no era la proyección de un trozo viejo de película, no era el producto de una obsesión infiltrada en una mente humana a lo largo de días y días de reproducción de la misma escena y la misma melodía.

Aquella sirena era...

Murdock lanzó un estridente grito:

—¡Lenaaaaa...!

Y corrió hacia la sirena.

* * *

Al día siguiente, el vaporcito fondeó frente al faro.

Fue botada la motora y en ella, además de los tripulantes y el personal de relevo para los torreros, embarcó una mujer.

Era joven, esbelta y tenía el pelo dorado y los ojos verdes. Parecía muy nerviosa.

—Patrick se alegrará de verme. Él me cree muerta. Todos me creyeron muerta mucho tiempo. Cuando salí del hospital después de... de aquello, estaba como loca. Había cometido un tremendo error al tomar como sinceras las palabras de Nick. Además, el niño había muerto y yo me sentía

vacía por dentro... No quería ver a Patrick. Entonces me hubiera rechazado. Y es lógico, claro... Pero ya han pasado dos años de aquello y ahora sé que él me quería sinceramente...

El piloto de la lancha sonreía comprensivamente mientras la joven hablaba a borbotones.

—Por eso le rogué a usted anteayer, cuando fui a pedirle que me permitiese venir con el barco a Cabo Harper, que no le dijera nada a Patrick. Se llevará una enorme sorpresa. Tendré que explicarle lo que me sucedió, aquella barca de pescadores que me recogió del mar cuando ya estaba a punto de morir ahogada, los dos años que he permanecido amnésica en un hospital, sin saber quién era yo... El médico me ha dicho luego que fue un «shock» motivado por muchas causas: el abandono de Nick, la muerte del niño, el miedo a morir ahogada... ¿Encontraré allí a Nick? Bueno, no importa. Así le demostraré que solo quiero a Patrick. Y él me perdonará, estoy segura...

La lancha atracó en el embarcadero y la mujer fue la primera en saltar a tierra.

Corrió con ligereza hacia el faro, el cabello ondeando el fresco viento de la tarde y el vestido revoloteando sobre sus esbeltas piernas.

Llegó al faro, subió las escaleras y empujó la pesada puerta de hierro.

Gritó:

—¡Patrick! ¡Patrick, estoy aquí! ¡Soy yo, Lena! ¡Tu Lena...! Patrick, Patrick, contéstame...

Pero la única respuesta que Lena recibió fue el eco de su propia voz en el interior del faro, el tenue silbido del viento y el monótono rumor de las olas que batían incansablemente los arrecifes.

Mientras tanto, los ocupantes de la motora descubrían el cadáver destrozado de Nick Belmont.

¿Qué había ocurrido en el «islote de las sirenas»?

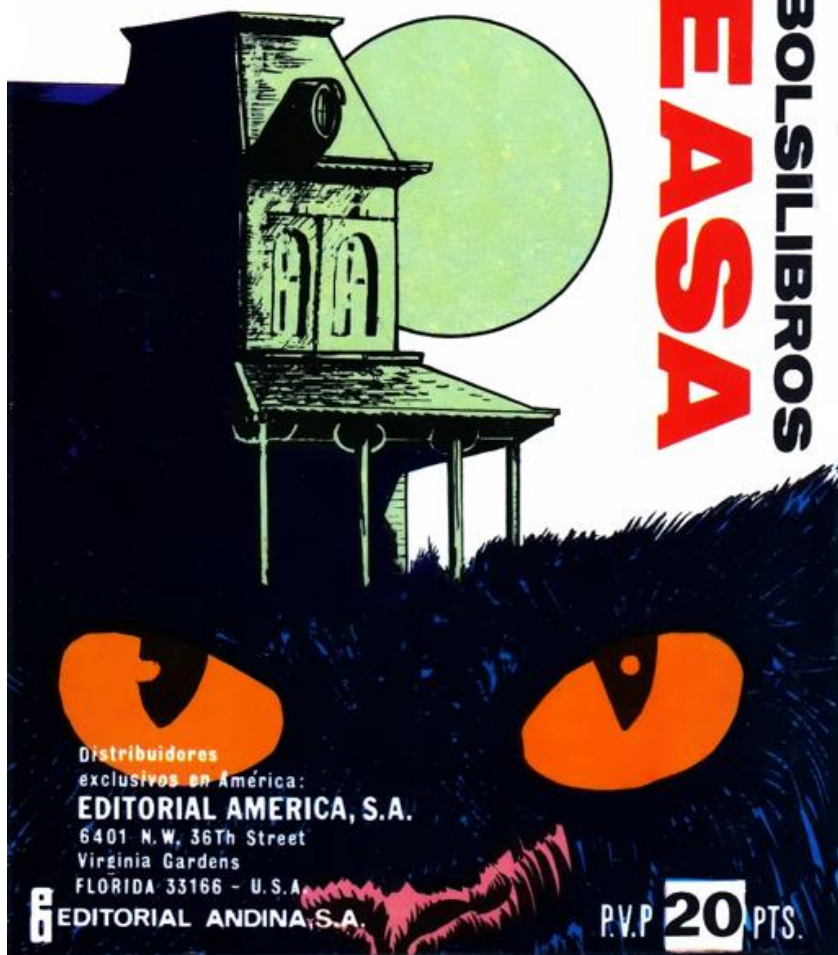
Nunca se sabría.

FIN

TERROR

Una nueva
colección
avalada por el
sello de
prestigio

BOLSILIBROS
EASA



Distribuidores

exclusivos en América:

EDITORIAL AMERICA, S.A.

6401 N.W. 36th Street

Virginia Gardens

FLORIDA 33166 - U.S.A.

6

EDITORIAL ANDINA, S.A.

P.V.P. **20** PTS.